



**Digital Commons@**

Loyola Marymount University  
LMU Loyola Law School

---

Con-spirando

Women's and Gender Studies

---

12-2002

## Nº42: "Re-visitando" los ciclos: Historias de mujeres

Colectivo Con-spirando

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.lmu.edu/con-spirando>



Part of the [Feminist, Gender, and Sexuality Studies Commons](#), and the [Religious Thought, Theology and Philosophy of Religion Commons](#)

---

### Recommended Citation

Colectivo Con-spirando, "Nº42: "Re-visitando" los ciclos: Historias de mujeres" (2002). *Con-spirando*. 40. <https://digitalcommons.lmu.edu/con-spirando/40>

This Book is brought to you for free and open access by the Women's and Gender Studies at Digital Commons @ Loyola Marymount University and Loyola Law School. It has been accepted for inclusion in Con-spirando by an authorized administrator of Digital Commons@Loyola Marymount University and Loyola Law School. For more information, please contact [digitalcommons@lmu.edu](mailto:digitalcommons@lmu.edu).

REVISTA LATINOAMERICANA DE ECOFEMINISMO, ESPIRITUALIDAD Y TEOLOGIA

# CON-SPIRANDO



“re-visitando” los ciclos:  
historias de mujeres

**M**ientras más indagamos sobre los ciclos, más se nos desarma la idea de que éstos pudieran tener una correspondencia mecánica con edades cronológicas. Los ciclos se entrelazan, los momentos de giro, las transiciones, ocurren en momentos dispares: una coyuntura histórica deja extraviada, en una parte de nosotras, la niñez o la adolescencia; una catástrofe familiar y/o nacional nos sobredetermina la memoria y podemos oficiar de “ancianas de la tribu” a los 20, a los 30, a los 40... Esto es lo que constatamos cuando escuchamos o leemos las historias de vida de muchas mujeres. Queríamos rescatar la memoria de las mayores, pero fuimos encontrando que no sólo ellas eran las portadoras de “toda una vida” (con transiciones, inflexiones, puntos de giro) que contar. A veces, la historia de la madre repercute, resuena en su hija y hay continuidad allí donde el estereotipo cultural dice que sólo debería haber ruptura. Continuidad que no es mera repetición, claro.

Un aspecto se reitera en algunas de estas historias de mujeres: la necesidad de narrar la presencia del mal en sus vidas. En otras prima el rescate de la vida cotidiana. O la mezcla. El mal de la opresión que hizo posible el bien de los sueños, del desacato, de la resistencia. El mal de la tortura que trajo consigo la promesa de no olvidar a todas las/os que la han sufrido y el cumplimiento de esta promesa en tribunales internacionales, en peticiones, en un libro de memorias.

Nuestra memoria puede hacerse presente en una galería de fotos, en una cronología, en un relato. Es ella la que nombra, la que ordena, la que da sentido: éste fue un momento (o una persona) clave, nos decimos mucho tiempo después; ésta, una transición que cerró un larga etapa de mi vida. Así los enfrenté, esto aprendí; mira, éstas son las marcas. Es el recuento el que arma la historia personal. Conjura el trauma, al mismo tiempo que la memoria de la felicidad.

Sólo cuando logramos acceder a la leyenda (en el sentido de lectura y también de relato) de la propia historia, dice la poeta Nicole Brossard, podemos abrir el presente a nuevos escenarios, a nuevos personajes — podemos seguir haciendo historia(s).

Colectivo Editorial

# ¿COMO HACER PARA QUE CADA QUIEN QUIERA CANTAR CUATRO VERDADES?



Ximena Wolff Reyes\*

¿Cómo darle cabida en el cuerpo social a tanto cuerpo privado de palabra, e inundado de discurso?

(...) ¿Cómo darle cabida en el cuerpo social a tanto cuerpo privado de palabra, e inundado de discurso?

¿Es posible transitar de la privación a la memoria activa, actuante? (...)

Eso es lo que intentamos hacer aquí, en el espacio que nos cobija; en este gran archi-

vo de la Nación, en este cuerpo... de volúmenes y tomos de libros; en sus escritos: soportar la huella de sus censuras y sustentar sus omisiones.

Alguna vez intenté, en esta biblioteca, rescatar el discurso de Salvador Allende del Once de Septiembre de 1973. Mi búsqueda en diarios, periódicos y semanarios de la época fue infructuosa. No era, para mí, encontrable en

este espacio; probablemente estaba en alguno de los textos que constituyen su patrimonio. No sabía yo cómo buscar. Yo no encontraba.

No obstante, a pesar de no tener la textualidad inalterada de esa despedida, mi memoria —es decir, mi cuerpo y sus sentires— conservaba retazos de frases: “yo no voy a renunciar”, “generales rastros”, “agradezco a los jóvenes y las mujeres de mi patria”, “serán perseguidos”, “creo en Chile y su futuro”, “sigan ustedes sabiendo...”.

Jirones de frases que han organizado la percepción e interpretación de lo que va y ha ido siendo, de lo sucedido desde ese fatídico 11 hasta el día de hoy.

Probable función de la memoria —la de hilar el tiempo—, que como acto y repetición, hace de pantalla de contraste a comparaciones odiosas y amorosas, e identifica allí a los míos y los otros.

Memoria funcionando opuesta a la ignorancia, a contrapelo del no querer saber nada; memoria viva de “haber sido de otra manera”, añoranza y anhelo de un modo de ser que fue, fui, fuimos.

Este saber ha sostenido una identidad y sus transformaciones, y mantiene aún erguido un cierto cuerpo de valores que con represiones, dificultades y obstáculos accede a los espacios del discurso público. Valores herederos de esa imposibilidad maravillosa enunciada como “igualdad,

fraternidad, libertad”; valores vividos como impotencia ante un absolutismo ignaro que aún inunda los decires, sus silencios y silenciamientos.

Pero la otra memoria encapsulada, la memoria privada de sus nexos —particulares y colectivos— también recuerda.

Recuerda desgraciadamente con el cuerpo, en el cuerpo de cada uno de aquellos que han sufrido los así llamados “efectos post-traumáticos” y que no son otra cosa que el cuerpo como monumento de los desastres —particulares y colectivos—, petrificación y cronificación de una identidad dislocada, de un “hablar por las heridas y las llagas”. Clonación mediática masiva en la panacea de la pura pantalla.

Es el hablar silencioso de los síntomas y la depresión; por tanto acontecer irresuelto, en constante duelo. Injusto e injustificado.

Cuerpos privados de alegría.

Aislamiento forzado, forzoso silencio de las mayorías: por borramiento de las huellas lúcidas de una trayectoria, por temor ante lo henchido y agobiado de propaganda, por horror a vivir otra vez más la mismidad de la Historia.

Por la exaltación activa hacia un futuro desplegado sobre el territorio del olvido colectivo, apelando a la capacidad de perdón de lo imborrable.


Los cuerpos privados, privados aún incluso de sepultura, son aquellos que pesan en

la memoria pasiva, paciente, padeciente de esta “familia chilena”—generación tras generación.

Es necesario un largo y angosto diván para Chile: el ejercicio extremo de una práctica constante de la palabra, develando los miedos, las trampas, los eufemismos e imposibilidades; revelando los lugares anquilosados donde la práctica de la violencia extrema instaló a sujetos como cuerpos privados de derechos y convirtió en riesgo todo decir verdadero.

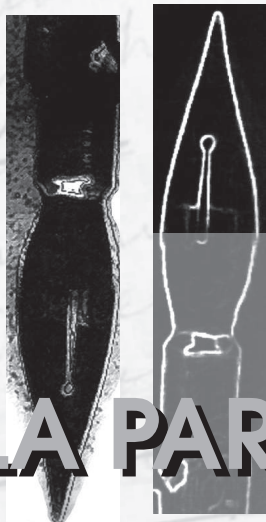
Porque si bien la memoria se explaya en acto y justa palabra, también discurre y repite su fracaso.

El gran desafío para las “disciplinas” y sus “áreas de trabajo” es mover la inercia de lo tantas veces dicho y ya “disciplinado”; es desarticular el miedo que traba las lenguas, es hacer caer los muros de los oídos y dar lugar a verdades, que “tabuídas” parecieran ser “ofensas”, “imprudencias” o “agresiones” en el discurso público.

¿Cómo hacer para que cada quien quiera cantar cuatro verdades? 

\* Psicóloga y psicoanalista. Docente en las facultades de psicología de la Universidad Diego Portales y la Universidad de Santiago. Este texto es una parte de su artículo “Ejercicio de memorias”, publicado en el libro *Volver a la memoria*, compilado por Raquel Olea y Olga Grau (Santiago de Chile: Lom Ediciones/La Morada, 2001).

Evelyn Truman



# LA PARCELA 29

Eliana Bronfman W.\*

Recuerdo el gran portón de madera de color verde que permanecía casi siempre abierto, como incitando a entrar y descubrir el submundo que en ella habitaba.

Un camino de tierra conducía al visitante hacia la casa grande, una vez que se atravesaba el pequeño y destartado puente bajo el cual corría un canal. Sus aguas venían desde arriba, regando parcelas y aún revivo nuestra sorpresa cuando el primo Elías que nos visitó desde Israel miraba el canal con reverencia diciendo que en su país ese era un río. Los tres sauces que mecían lánguidamente sus ramas sobre él producían una sensación de imperturbable paz que no correspondía exactamente a lo que se vivía cotidianamente en la parcela.

La casa tenía un gran living-comedor con anchas paredes de adobe, vigas de madera y amplios ventanales. Era una hermosa construcción, orgullo de Sansón, mi marido, junto con una pirca de piedra en la que se respiraba la fragancia de la flor de la pluma que la cubría. En 1967, cuando nos trasladamos a la parcela yo era un perfecto producto urbano, que trabajaba como abogada el día entero en un

\* Eliana Bronfman, abogada, chilena, feminista, fue una de las primeras integrantes del MEMCH, la más importante de las organizaciones que luchó por conseguir el voto para las mujeres en Chile. Fue fundadora de la primera "Casa de Todos" para adultos mayores en Santiago y es una incansable luchadora por los derechos de la mujer adulta mayor.

Ministerio de cuyas oficinas salía sólo a tomar un café y nada conocía de la vida de campo. La verdad es que nunca logré saber mucho, pero lo seguí a Sansón en la aventura de vivir ahí, porque siempre fui su cómplice en todos los proyectos que emprendía, aún los más audaces y éste era uno de ellos.

Se trataba de juntar a todos nuestros hijos —los cuatro de Sansón y las tres hijas mías— además del menor que teníamos en común —en total sumaban ocho— para hacer una vida de familia en comunidad y compartir valores y afectos. Junto a la casa grande en que vivíamos nosotros había otra más pequeña a la que se trasladó la primera mujer de Sansón con los dos hijos de ambos. Esta iniciativa de incorporar a su primera señora no tenía otro objeto que el de permitirle estar cerca de sus dos hijos sin alejarlos de su madre. No había ya entre ellos ningún otro vínculo, y cuando me lo propuso pensé que era algo justo y además un acto de suma civilización. Recuerdo el rostro perplejo de mi padre cuando se lo comenté, diciéndole que mantendríamos una total independencia y sin imaginarme el costo que tendría esta experiencia para mi propia intimidad. (...)

### **Entre los años 70 y 73...**

A principios de los años setenta las grandes extensiones de campo sembrado al frente

nuestro, mirando a la Avenida Departamental, y cuyos dueños vivían en Santiago, fueron objeto de una toma de la cual surgieron dos grandes poblaciones. Se llamaron Unidad Popular y Nueva Habana. En un solo día llegaron miles de personas, hombres, mujeres y niños cargando sus pocos enseres. Verlos instalarse fue un espectáculo impresionante. Con qué habilidad, esfuerzo y alegría se levantaban techumbres provisionarias, se almacenaba agua en grandes tarros, se fabricaban letrinas, se trazaban calles provisionarias. Las mismas cosas que nosotros dábamos por sentadas en nuestras vidas —el agua, la luz, la escuela, la parroquia, la posta de primeros auxilios— todo eso era para ellos una conquista por lograr. Al verlos rememoraba viejas lecturas sobre la conquista del Oeste, y admiraba en ellos el hecho de que a pesar de la necesidad extrema, tenían una dignidad y una fuerza vital que era contagiosa. Por supuesto que fuimos sus amigos. Entre los años 70 y 73, la Parcela se transformó en el centro de reunión desde el cual profesionales diversos (médicos, arquitectos, odontólogos, educadores, matronas) ofrecían sus servicios voluntarios a la

población y eran famosas las reuniones en el comedor de la parcela, al calor de una gran salamandra, en las que se deliberaba largamente sobre la mejor forma de ayudarlos.

En esos años la actividad laboral de ambos y el momento histórico que vivíamos nos absorbía en tal forma, que debo confesar que, tanto yo como Sansón, minimizábamos la importancia de las relaciones humanas entre las diversas familias

*Se trataba de juntar a todos nuestros hijos —los cuatro de Sansón y las tres hijas mías— además del menor que teníamos en común —en total sumaban ocho— para hacer una vida de familia en comunidad y compartir valores y afectos. Junto a la casa grande en que vivíamos nosotros había otra más pequeña a la que se trasladó la primera mujer de Sansón con los dos hijos de ambos.*

que artificialmente habíamos unido. Se producían conflictos entre los hijos además de rivalidades, todas situaciones que debíamos haber previsto y no lo hicimos. Creímos ingenuamente que esta sería una experiencia tolstoyana, para la cual no nos habíamos preparado ni nosotros ni nuestros hijos.

Mucho tiempo después, al mirar en retrospectiva nuestras vidas, coincidimos ambos en que la experiencia de una “familia tolstoyana” más bien fue una locura que dejó en cada uno de nuestros hijos buenos recuerdos y también fuertes rechazos.

Lo que sí fue un aprendizaje inolvidable fue nuestro enfrentamiento con la realidad de la pobreza, a través de la estrecha comunión que se produjo con los vecinos de la población. En pleno golpe militar, se vivía al día, y con ello quiero decir que no se sabía que ocurriría al día siguiente.

## **El golpe militar cambió nuestras vidas**

Veo como una pesadilla el 11 de septiembre de 1973. Parece increíble como las personas, las cosas, la vida de todos los días puede cambiar en un instante cuando se apodera en cada uno el temor, el miedo y la desconfianza hacia el otro.

Recuerdo en los inicios de la dictadura el día en que golpeó la puerta del gran living-comedor un teniente quien me informó que se ins-

talaría con su personal para identificar desde la parcela a nuestros vecinos los pobladores. No pude negarme y vi cuando todos los hombres de la población desfilaban por la parcela para ser fichados e interrogados, siendo después trasladados a una cancha deportiva contigua. Sus mujeres en la calle esperaban sin hablar, con los niños en sus brazos, en un silencio expectante. En sus miradas se leía la incertidumbre, sin saber que ocurriría. Tampoco sabíamos nosotros, a quienes nos habían confundido con propietarios acomodados y serviles a la autoridad, qué pasaría con nuestras vidas. Habría bastado con que un poblador nos mencionara como amigos de ellos, para que pasáramos a formar parte de los que se agrupaban en la cancha. Eramos los otros y también éramos ellos y así permanecemos toda una mañana aparentando una falsa hospitalidad. Las historias del holocausto de mis antepasados judíos pasaron por mi memoria, y sentí que la historia podía repetirse en cualquier rincón del mundo en que se entronizaba el poder y la soberbia de unos pocos. Esta vez y después de una espera que parecía interminable, fueron devueltos a la población. Mis miradas se cruzaron con las de ellos y pude leer en sus rostros que ninguno mencionó nuestros nombres. Con esa mirada muda y ese silencio elocuente se selló nuestra amistad.

El golpe militar cambió

nuestras vidas como las de tantas otras personas de este país. Yo fui expulsada del Ministerio en que trabajaba. No era sediciosa. Sencillamente se me dijo que a pesar de mis calificaciones ya no contaba con la confianza del amo. Y en media hora tuve que abandonar el edificio donde habían transcurrido once años de mi existencia. Se me prohibió entrar y muchos años después, cuando pude recorrer nuevamente sus pasillos busqué con emoción contenida los rincones, las salas, los lugares queridos, pero todo estaba transformado y parecía que la historia sólo siguiera viviendo en mi mente.

La parcela siguió siendo acogedora y frecuentada por amigos. Los visitantes muchas veces se llamaban por precaución con otros nombres. Conocí a Felipe el Hermoso, al Rufián, a Daniel, la Ana Lía, a Raúl y a otros. Sabía que bajo esos nombres había espíritus rebeldes que arriesgaban sus vidas por recuperar la libertad, aunque en ese entonces parecía una utopía, porque la tortura, los arrestos, las desapariciones, las muertes en supuestos enfrentamientos, eran cosa de cada día.

## **Han pasado más de 20 años desde esta historia**

Paradójicamente, Sansón y yo, nunca pensamos que la parcela no podía escapar al escenario político que le tocó vivir. Fue en pleno invierno —



en julio de 1980. Hacía pocos días, había sido asesinado en una emboscada un oficial de inteligencia, el teniente coronel Roger Vergara, y se realizaban toda clase de operativos para encontrar a los culpables. En esa atmósfera, los servicios de inteligencia actuaban unidos para demostrar a toda costa su eficiencia deteniendo rápidamente a cualquiera a quien se le pudiera atribuir culpabilidad.

La parcela era un buen recurso. El 17 de julio, El Mercurio anunciaba con grandes titulares: "Allanada célula extremista en Parcela de Macul y sacados del lugar 17 personas entre los cuales se encontraba un alto dirigente del MIR. El General Gordon informa que en la parcela fueron encontrados elementos explosivos, documentos de tipo marxista que nos hacen creer que estamos bastante adelantados en la investigación del asesinato del Coronel Roger Vergara".

La peligrosa célula extremista resultó ser todo nuestro grupo familiar, incluidos mis nietos de un año y un mes y medio que vivían con nosotros, además de la vieja Olguita que había criado a todos nuestros hijos, la señora Elena encargada de la cocina, el chofer, el parcelero, un gá-



Se abrió nuevamente al mundo el portón verde de la parcela y nos quedamos solos, en una supuesta normalidad, pero nunca más fuimos los mismos. Es verdad que pudimos sobrevivir, pero nos quedó esa sensación indescriptible de dolor que se produce cuando se pierde la confianza en el otro como ser humano.

fiter que el día del allanamiento se encontraba arreglando unos artefactos sanitarios, un tapicero que casualmente reparaba unos muebles.

Mientras afuera los abogados de derechos humanos exigían infructuosamente que el Poder Judicial se constituyera en nuestra casa para constatar

si estábamos detenidos o desaparecidos, nosotros vivíamos al interior una pesadilla difícil de describir por lo siniestra y absurda.

Sansón y yo fuimos detenidos al regresar de nuestro trabajo. Escortados por policías nos encontramos con la parcela bloqueada por soldados y camiones. Más

que un allanamiento aquello era un saqueo. Alrededor de cien personas vestidas de civil, armados como en un operativo de guerra, habían invadido la casa. Todos sus habitantes, salvo los niños pequeños, la vieja Olguita y nosotros los dueños de casa, fueron trasladados en un furgón amarillo y con la vista vendada a un lugar desconocido. A Sansón lo salvaron sus muletas y a mí la credencial del organismo internacional al cual pertenecía.

El techo y piso del dormitorio y demás piezas estaban destruidos en muchas partes; la ropa, libros, fotografías, papeles, revueltos y botados en el suelo, todo en la búsqueda de cosas que ellos llamaban subversivas. La radio de aficionado de Sansón había desaparecido y después supe que los diarios la describían como una radio transmisora de alta potencia.

Me veo nuevamente sola en el inmenso living, alumbrada apenas por una lámpara, bajo la vigilancia de un guardia, en una angustiada espera y sin saber que ocurriría con mis hijos, hasta que en la madrugada regresó el furgón amarillo con todos menos Raúl quien accidentalmente estaba en la casa y una de mis hijas que era su novia. Lo que a ellos les ocurrió será motivo de otra historia.

Durante tres días y bajo la vigilancia de unos diez hombres estuvimos detenidos y aislados sin poder comunicarnos con nuestros familiares.

Se nos prohibió movernos de la casa, usar el teléfono que se desconectó y hablar entre nosotros. Debíamos pedir permiso para ir de una pieza a otra e incluso para ir al baño. Llegó un momento en que yo no habría podido saber dónde estaba, a pesar de que estaba en mi propia casa, tal era la sensación de despojo en que me sentía.

Al parecer, la doble nacionalidad de mis tres hijas, cuyo padre era inglés, y mi condición de funcionaria de un organismo internacional impidieron los golpes físicos, pero se nos amedrentaba psicológicamente diciéndonos primero que todo terminaría pronto, y luego que habían recibido nuevas instrucciones para investigar.

En esta convivencia obligada y esquizofrénica, yo escuchaba desde mi dormitorio a los guardias conectar el teléfono para hablar con sus mujeres, decirles que ya llevaban varios días, que estaban cansados y no sabían cuando podrían llegar con dinero a sus hogares. Me costaba creer que ellos también eran personas como nosotros, con mujer e hijos, a pesar de sus miradas duras y de la forma en que dejaban caer nosotros el peso de un poder omnímodo.

Al tercer día y cuando ya nos preparábamos para permanecer indefinidamente en esta detención, súbitamente Cristóbal, el Jefe, recibió una llamada de radio y después de comentar que esto se había dis-

parado como tarro por culpa de la prensa, hizo firmar un papel a Sansón. En él reconocía que el allanamiento se había realizado en conformidad a la ley, después de lo cual se retiraron todos con rifles y walkie-talkies. En los diarios la parcela dejó de ser noticia, sin la menor contemplación por el daño que todo esto nos había causado.

Se abrió nuevamente al mundo el portón verde de la parcela y nos quedamos solos, en una supuesta normalidad, pero nunca más fuimos los mismos. Es verdad que pudimos sobrevivir, pero nos quedó esa sensación indescriptible de dolor que se produce cuando se pierde la confianza en el otro como ser humano.

Han pasado más de 20 años desde esta historia. La parcela ya no existe y en su lugar hay una población de casas prefabricadas, todas iguales. Mis nietos se ríen al saber que cuando niños y recién nacidos los confundieron con una supuesta célula extremista. Para ellos, la Parcela 29 ha pasado a ser un mito o una leyenda.

Para mí, estos sucesos son la memoria de una época en que la realidad, de tan siniestra y absurda, parecía inverosímil.

# EL ENVEJECIMIENTO ESTA MARCADO POR EL GENERO

Eliana Bronfman W.\*

Es un hecho que el mundo envejece, y que en los últimos cincuenta años la expectativa de vida ha aumentado considerablemente, no sólo en los países desarrollados sino que en un ritmo mucho mayor en los países en desarrollo. A nivel planetario, el tema del envejecimiento ha pasado a ser uno de los desafíos de este milenio, ya que será necesario responder adecuadamente al impacto que en términos económicos, sociales y de relaciones humanas significará esta nueva realidad demográfica.

La sociedad chilena no se ha quedado al margen de estos cambios. Chile es la tercera nación de América Latina más envejecida, precedida por Argentina y Uruguay. Cuba está en un cuarto lugar. Actualmente, de los 16 millones de personas que constituyen la población total del país, un millón y medio son adultos mayores, es decir, un 10% tienen más de 60 años. De este porcentaje, un 56,7% son mujeres y un 43,2% varones, ya que las mujeres viven más. Si en Chile en los años treinta

la esperanza de vida era de 45 años, hoy es de 80 años para las mujeres y 75 para los hombres. Por ello, se habla de una marcada feminización de la vejez.

Cabe preguntarse: ¿desde cuándo se es adulto mayor? Si bien las Naciones Unidas utilizan los 60 años para el inicio de la tercera edad, esa definición tiene un uso básicamente para fines de jubilación o de terminación de la edad productiva.

Sara Asler distingue tres categorías diferentes en la edad de las personas: la edad cronológica (o de calendario) que es esencialmente biológica y se refiere a la edad en años, la edad social, que alude a las actitudes y conductas sociales que se consideran adecuadas para una determinada edad cronológica, y la edad fisiológica que se relaciona con las capacidades funcionales, la fragilidad y la discapacidad que suele producirse con el peso de los años.<sup>1</sup>

La edad fisiológica está ligada generalmente a severas limitaciones físicas, y en muchos casos al deterioro, sin embargo, existe una tendencia a analizar los problemas de la vejez exclusivamente desde este ámbito, es decir, desde la enfermedad. Esta realidad, la edad fisiológica es

difícil y muchas veces dramática, pero a pesar de su vulnerabilidad, sólo un 3% a un 5% de los adultos mayores están postrados o son dependientes al extremo de haber perdido totalmente su autonomía. Por eso, este trabajo está focalizado en el adulto mayor sano.

## El doble patrón de significados de la vejez

En cada una de estas categorías—edad cronológica, social y fisiológica— el envejecimiento está marcado por el género. En otras palabras, no es lo mismo ser mujer mayor que hombre mayor. Susan Sontag en su texto “El doble patrón para envejecer” denuncia la existencia de un doble patrón respecto del significado del envejecimiento para hombres y mujeres, y considera que dicho patrón es mucho más severo para juzgar a las mujeres.<sup>2</sup> Al respecto, hay que recordar que en gran parte de las sociedades la vejez es sinónimo de estereotipos negativos, marginación y aislamiento. Se suele caracterizar a las personas mayores como enfermas, pasivas, seniles, insuficientes, conservadoras, desechables y, por lo tanto, innecesarias para el desarrollo económico.

Asimismo, por lo general, suele referirse a los adultos mayores como si fueran un grupo homogéneo, sin considerar que se envejece de distintas maneras según la presencia de diferentes variables, como el país (industrializado o en desarrollo), el nivel socioeconómico, el medio (urbano o rural), la clase social, la etnia y la cultura, la geografía del lugar donde se ha vivido, las migraciones cuando ellas han existido. Sin

\*Este texto es una parte del trabajo final presentada por la autora en cumplimiento de un pos-grado en género y cultura ofrecida por la Universidad de Chile en 2000.

Vivimos en un mundo en que el principal valor social de la mujer se basa en su potencial reproductivo y en su atractivo sexual. Este mensaje es tan fuerte que las mujeres lo internalizan y creen que con la llegada de la menopausia están perdiendo su identidad como mujeres. La realidad es que la menopausia nos excluye únicamente de la posibilidad de tener hijos. No nos excluye de la sexualidad.

em-  
bargo, y a pesar de lo heterogéneo del envejecimiento, subsiste como rasgo dominante de nuestra cultura patriarcal el sometimiento de la mujer basado en las relaciones de poder entre los géneros.

En el caso de las mujeres, el mito que más las afecta en lo que respecta a su identidad como mujeres, es el que considera que la sexualidad desaparece con el climaterio y la pérdida de su capacidad reproductiva. Las repercusiones psicológicas de la menopausia coinciden con

situaciones que se producen en la misma época en el medio familiar. Los hijos han crecido, dejan el hogar y crean su propia familia, muchas veces los cónyuges también atraviesan por una época de cambio que las mujeres interpretan como un rechazo a sus propios cuerpos que ya no son tan jóvenes. Por todo ello, las mujeres sienten que al desaparecer su papel de madre y esposa, han perdido poder y sus vidas dejan de tener sentido. Las mujeres, por lo tanto, además de arrastrar las discriminaciones propias de su condición de mujeres, son discriminadas por la edad. Si además en la vejez la mujer es pobre, entonces sufre de una triple discriminación.

La pobreza se ha feminizado por diversas razones, entre otras porque las mujeres viven más que los hombres, lo que significa enviudar antes y quedar desprotegidas económicamente. A esto se agrega que si han desempeñado una actividad laboral, recibirán una jubilación más reducida ya que sus sueldos en la mayoría de los casos fueron inferiores a los del varón, y por último, cuando han sido dueñas de casa no cuentan con una pensión de vejez.

## La menopausia y sus efectos en la mujer mayor

La primera señal de envejecimiento para la mujer es la menopausia, es decir, la pérdida de la menstruación. Los síntomas físicos de la menopausia (algunas veces sofocos, sequedad vaginal, cambios de humor) reciben el nombre de climaterio. Existe una gran variedad en la presentación de estos síntomas, y mientras unas mujeres apenas lo notan, otras lo perciben con intensidad.

Vivimos en un mundo en que el principal valor social de la mujer se basa en su potencial reproductivo y en su atractivo sexual. Este mensaje es tan fuerte que las mujeres lo internalizan y creen que con la llegada de la menopausia están perdiendo su identidad como mujeres. La realidad es que la menopausia nos excluye únicamente de la posibilidad de tener hijos. No nos excluye de la sexualidad. Sin embargo, como en nuestra cultura se nos ha valorado más como madres que como mujeres, se considera esta etapa de la vida como una pérdida de la identidad femenina.

Germaine Green en su libro *El cambio* se refiere al significado que tiene la menopausia en una sociedad en que existe un culto a la juventud. En lugar de considerarlo un tránsito hacia una nueva identidad, es mirada como una fatalidad y perder la condición de jóvenes es para muchas como una especie de muerte social.<sup>3</sup>

Todas estas valoraciones negativas inciden con mucha intensidad en la autoestima de las mujeres en esta etapa de la vida. En la baja autoestima influ-

ye asimismo el lenguaje que se utiliza para designar los procesos de la menopausia como un signo identificador del envejecimiento femenino. Muchas veces se construye una realidad medicalizada de la menopausia que transforma una transición natural de la vida en una enfermedad.

La menopausia puede a veces coincidir con la andropausia en los varones. En estos casos el hombre sufre pequeñas depresiones y tiende a una vida rutinaria, con frecuencia encerrado en sí mismo y con poca manifestación externa de su afectividad. Sin embargo, el juicio social tiene un impacto más atenuado cuando se trata del envejecer masculino en detrimento de lo femenino. Son diferentes los calificativos con que se asocia a los hombres que a las mujeres. Se habla de un “seductor de sienes grises” en lugar de un “viejo lindo”. Nunca se utilizan estos calificativos para las mujeres.

El doble patrón social para considerar el envejecimiento se hace mucho más evidente en el ejercicio de la sexualidad. Cuando un hombre de 50 años se exhibe con una mujer joven, se le considera “aún atractivo”, sin que nadie se asombre demasiado si tiene relaciones afectivas con mujeres más jóvenes, con algunas de las cuales puede llegar a tener un hijo.

### **El movimiento de mujeres mayores**

Las mujeres podrán o no llegar a ser profesionales, intelectuales, militantes políticas, etc. pero siempre llegarán a ser viejas y menopáusicas. Lo importante

es llegar entendiéndose personas plenas, autónomas y fuertes, y por eso la lucha por la autoestima debe comenzar con la vida misma.

Hay un creciente movimiento de mujeres mayores en el mundo que trabajan con perspectivas de género. Menciono entre otras, la Red Mundial de Mujeres Mayores en Europa (Old Women's Network OWN), las Panteras Grises en Francia y Estados Unidos. También en este último país los movimientos que se denominan Viejas Sabias (Crones), VEMEA en México es un importante centro de documentación cuya fundadora fue Betsie Hollants. En Chile existen las Casas de Todos que surgieron bajo la inspiración de la Organización No Gubernamental AÑOS después de la dictadura militar. Constituyen lugares de encuentro de adultos mayores organizados en forma autónoma para enfrentar el proceso de envejecimiento desde la perspectiva de un cambio cultural. Todos estos movimientos de mujeres mayores responden a ciertos principios que cuestionan las representaciones convencionales sobre la vejez de la mujer. Entre ellos mencionaremos algunos:

- Contribuir al “empoderamiento” (empowerment) de las personas mayores para que ellas mismas luchen por los cambios necesarios para vivir una vejez más humana.
- Asumir una nueva conciencia de sí mismas, entendiendo que el envejecimiento puede representar la liberación de las rígidas expectativas del rol de género y una oportunidad para que las mujeres sean independientes y autónomas, y para que los hombres adopten nuevos roles y formas de

relacionarse con los demás.

- Las personas mayores deberán ser consideradas como agentes activos del desarrollo y no sólo beneficiarias, es decir, deben sentirse plenamente integradas a una sociedad multigeneracional.
- Deben procurar seguir haciendo historia, recuperando todas las experiencias acumuladas en su memoria para traspasarlas a las nuevas generaciones.
- Deben plantearse como meta el envejecer con dignidad, con nuevos roles, aceptando sus cuerpos sin resignación, permitiendo que sus rostros muestren la vida que han vivido.
- La problemática de la vejez no debe ser mirada como un hecho aislado, sino en el contexto de una nueva cultura de los derechos humanos, que postula a una sociedad más justa y solidaria, respetuosa de la condición humana y de las diferencias. ☒

#### Notas

1. Asler, Sara y Gin Jay. Relación entre el género y envejecimiento: Enfoque sociológico. Marcea. SA de Ediciones. 1996. Pág. 22.
2. Cuadernos Mujer Salud/4, 1999. La revolución de las canas. Reflexiones y experiencias sobre el envejecer de las mujeres. Págs. 6 y 35.
3. Op. Cit. Pág. 7.



# DIANA ORTIZ: la mirada detrás de la venda

Quando miro para atrás y trato de comprender lo que pasó, todo parece una pesadilla que no terminará nunca. Terminará, me dicen, una vez que yo misma me pueda liberar del oscuro secreto. He comenzado a compartir este secreto oscuro al confiarlo

El día 2 de noviembre de 1989, Diana Ortiz, una religiosa de origen hispano de la Congregación Ursulina de Bardstown, Kentucky, EE.UU., fue secuestrada por miembros de la seguridad militar guatemalteca y brutalmente torturada por un periodo de 48 horas antes de poder escapar. En ese momento Diana tenía 31 años y estaba trabajando como misionera, enseñando a niños en la aldea de San Miguel Acatán, con otras miembros de su comunidad religiosa, incluyendo su querida amiga, también religiosa, Mary Elisabeth (“Mimi”) Ballard. Ahora, 13 años más tarde, Diana Ortiz ha decidido publicar sus memorias (*The Blindfold’s Eyes. My Journey from Torture to Truth*. Maryknoll: Orbis Books, 2002), un retrato conmovedor del impacto psicológico y espiritual de la tortura que la dejó primero con una amnesia casi total y después con un estrés post-traumático que la llevó muy cerca del suicidio y con años de pesadillas y regresiones hacia el lugar de su tortura. Su tortura fue, sin duda, dramática, pero no inusual en Guatemala donde la tortura sigue siendo común en manos de los escuadrones de la muerte. El caso de Diana Ortiz llamó la atención internacional, no sólo porque ella logró escapar para contar lo que pasó, sino también porque implicó a un agente del gobierno de los EE.UU. —probablemente un miembro de la CIA— que la liberó de sus torturadores. Lo que sigue es una selección de sus memorias.

**E**n Noviembre de 1989, mientras trabajaba como misionera en Guatemala, fui secuestrada por las fuerzas de seguridad y llevada a un centro secreto de tortura en la capital. Así, entré en un mundo del cual pocos regresan. Esta memoria es un resultado de una promesa que hice: nunca los voy a olvidar; diré a todo el mundo lo que he visto y escuchado. He tratado de cumplir mi promesa durante estos años, de varias maneras. Presenté querellas, fui entrevistada por la prensa y la televisión, di testimonio ante los investigadores, hice vigili-  
as. Pero esta es la primera vez que me he atrevido a escribir mi historia. Antes no podía, no estaba preparada emocionalmente. El dolor, acompañado por mi viejo amigo, el miedo, reaparecieron durante cada etapa de este libro. He aprendido que mis palabras—incluso las verdaderas—pueden traicionarme.

## La tortura

Me han quitado la polera y están explicando las reglas: “Vamos a hacerte unas preguntas. Si nos gustan tus respuestas, te dejaremos fumar. Si no nos gustan, te quemaremos con el cigarro”. “Las reglas no son justas”, digo. Me queman (Diana Ortiz tenía 111 quemaduras de cigarillo en su espalda cuando finalmente escapó).

“Si tu sobrevives para hablar de esta experiencia, si de alguna manera te las arreglas

para sobrevivir, nadie te va a creer”, dijo el policía.

“Cara, voy primero, sello, vas tú”. “Cara. Es mía”. Están apostando mi ropa. No, no es mi ropa. Es mi cuerpo...”

Mis torturadores me llevan a otro cuarto y me dejan allí. Las paredes y el piso de este cuarto están llenos de sangre. En el centro del cuarto hay una camilla y algo o alguien está debajo de una sábana manchada de sangre. Encuentro un rincón, me siento y pongo mis brazos alrededor de mis rodillas y lloro. Lo que está debajo de la sábana está vivo—puedo escuchar una respiración irregular y la sábana se levanta casi imperceptiblemente con cada respiración. Saco fuerzas de no sé donde, voy hacia la camilla, tomo una esquina de la sábana y lentamente la levanto. Una Mujer. Ella abre sus ojos y éstos son de color café en una cara morada. Sus dientes aparecen entre sus labios hinchados. Está tratando de sonreír. Reprimo un grito que sube por mi garganta y, suavemente, la tomo de la mano. Sus pechos han sido cortados y hay gusanos en sus heridas. Ella aprieta mi mano como si quisiera decir que todo va a salir bien. Con lágrimas en los ojos, me pregunta mi nombre. Se lo digo. Ella me dice el suyo o, al menos, eso trata de hacer. No puedo entenderlo y como le cuesta tanto hablar, no quiero pedirle que lo repita. Ella dice, “Diana, sé fuerte. Van a tratar de quebrarte”. Por un tiempo que

parece horas, nos sostenemos la una a la otra. De repente, el policía y dos hombres más llegan al cuarto. Uno de ellos tiene una cámara de video. “Ah, veo que ya se conocen”, dice el policía. “Ahora ¿estás lista para hablar? Si no, te pasará lo mismo”. Señala a la Mujer. Me doy cuenta que el policía tiene un machete. Se acerca, ofreciéndome el machete. Pensando que finalmente la hora ha llegado, que por fin me van a matar o van a dejar que me mate, tomo el machete. Entonces el policía se pone detrás de mí, sujeta mis manos y me obliga a apuñalar a la Mujer una y otra vez. La sangre salpica por todos lados. Mis gritos se pierden en los gritos de la Mujer.

Además de estos horrores, Diana Ortiz fue llevada a una fosa abierta, llena de cuerpos humanos, algunos todavía vivos, pero muchos decapitados. Había perros y ratones en esta fosa. Finalmente, fue “rescatada” por un hombre, el jefe de los torturadores, llamado “Alejandro”.

“Idiotas, déjenla. Ella es una monja norteamericana y su desaparición está en todos los canales y en los periódicos”. Su español tiene un fuerte acento norteamericano. Me saca la venda de los ojos. Es alto y rubio. “Vámonos de aquí”, me dice. “Lo siento mucho. Tienes que perdonarlos. Se han equivocado de persona”. “No, no se han equivocado, me han enviado mensajes con amenazas de



¿Quién es Alejandro?

Cuando regresé a los EE.UU. después de salir de Guatemala, no fui capaz de decirle a nadie que había sido violada. No podía reconocer a nadie y tenía miedo de que nadie me creyera.

Pensaba que había sido culpa mía porque no pude defenderme —y, en última instancia, no resistí. Todo lo que había pasado en Guatemala era culpa mía.

Eso es lo que los torturadores trataron de meter en mi cabeza.

Y yo les creí.

muerte y estos estaban dirigidos a Madre Diana”. “Intentamos advertirte para prevenir todo esto, pero no quisiste irte de acá. “No me fui porque tengo un compromiso con la gente...”. “Yo también tengo un compromiso con la gente —liberarlos del comunismo...”. Empieza a hablar en inglés. “Bueno, tú ya sabes, tenemos fotos de ti y un video...

puede ser vergonzoso...”.

Al llegar a un semáforo, Diana Ortiz saltó del jeep de Alejandro y corrió hasta una casa donde fue acogida, gracias a lo cual vivió para contar su historia.

## El aborto

Pero eso no fue todo lo que le pasó a Diana Ortiz. Poco después de su tortura, se dio cuenta de que estaba embarazada. Y contra todas su formación religiosa, se hizo un aborto, el que trató de mantener en secreto por muchos años.

Cuando regresé a los EE.UU. después de salir de Guatemala, no fui capaz de decirle a nadie que había sido violada. No podía reconocer a nadie y tenía miedo de que nadie me creyera. Pensaba que había sido culpa mía porque no pude defenderme —y, en última instancia, no resistí. Todo lo que había pasado en Guatemala era culpa mía. Eso es lo que los torturadores trataron de meter en mi cabeza. Y yo les creí. Pero, además, me convencí de que nadie tenía que saber lo que me había pasado y que con el tiempo podría olvidar esa horrible pesadilla. Casi logré hacerlo. Pero, algo pasó —algo que hasta hoy día no puedo olvidar. Mi cuerpo comenzó a experimentar cambios. Creo que no necesito decirles a qué me refiero. No sabía qué hacer. No sabía a quién recurrir. La gente que me rodeaba eran extraños. No reconocía a nadie. Lo único real para mí en ese momento era que había algo creciendo dentro de mí —algo que venía de la semilla de uno de mis torturadores —quizás de todos ellos. En ese momento, yo estaba sangrando y recé como



nunca antes para expulsar lo que fuera que estaba creciendo dentro de mí. Intenté entender qué estaba pasando. ¿Dios me estaba castigando porque había participado en la tortura de otro ser humano? ¿Qué estaba creciendo dentro de mí? ¿Era humano? Tenía tantas preguntas pero ninguna respuesta. Todo lo que sabía era que algo estaba creciendo dentro de mí y, para mí, era un monstruo, un producto de los hombres que me habían violado. No podía traer algo a este mundo que era producto del mal —tenía que ser destruido o me iba a destruir a mí. Para hacer corta una larga historia, busqué ayuda. Destruí este algo que estaba creciendo dentro de mí. Pero recordaba cada día cuán parecida era yo a los torturadores. Primero, había participado en la tortura de otra mujer y luego destruí lo que podía haber sido una vida inocente. ¿Cómo una monja católica podía cometer tales actos? La vergüenza y la culpa me acechaban día y noche. Después de que todo esto pasó, traté de poner mi vida nuevamente en orden. En la medida en que me quedaba callada, estaba segura. Eso fue lo que pensé. Pero es imposible escaparse del pasado. La violación es una forma de tortura utilizada por los gobiernos para castigar a las mujeres que son percibidas como una amenaza. Muchas veces las mujeres descubren que llevan el fruto de sus torturadores y, al igual que yo, se ven forzadas a tomar una

## ENTREVISTA CON MIMI BALLARD:

### ver a Diana después de su tortura y verla ahora es un milagro

Mary Judith Ress

Una de las mejores amigas de la Hna. Diana Ortiz es la Hna. Elisabeth “Mimi” Ballard. Mimi acompañó a Diana durante todo su largo camino de sanación. Mimi estaba trabajando en San Miguel cuando Diana llegó a Guatemala como una joven monja misionera de la misma comunidad. Ella se preocupó cuando Diana comenzó a recibir amenazas y empezó a sentir una fuerte necesidad de protegerla. Después de su tortura, Mimi fue la persona en quien Diana pudo confiar y quien insistió en que Diana debía ser tratada en un centro especial para víctimas de la tortura en Chicago, en vez de en una clínica para gente abusada donde estuvo hospitalizada e incomunicada. Hace 10 años Mimi volvió a Chile y fundó una casa de la mujer que se llama Casa Diana Ortiz”.

- Tu has sido la contenedora de Diana durante todos estos años después de su crisis. ¿Harías lo mismo otra vez?

- Por muchos años me sentí culpable por no haber hecho más por Diana. Diana igual me quiere y no reconocería que yo hubiera podido hacer más.

- ¿Cuando despertó este fuerte sentido de que tu tenías que protegerla?

Cuando empezaron a llegar las amenazas hacia ella (cartas, mensajes, etc., mientras Diana trabajaba en San Miguel). Yo traté de convencerla de que saliera de Guatemala porque tomé muy en serio el peligro. Yo pienso que no insistí suficiente, pero Diana me dice que no había nada que yo hubiera podido hacer para que ella se fuera de Guatemala.

- ¿Qué sentiste frente a todo lo que pasó con Diana, al vivirlo tan de cerca?

Mucha rabia, pero algunas veces una rabia mal enfocada, porque no sabía qué hacer con la rabia.

La mayor parte de lo que yo sentía tuvo que ser postergado. Desde el secuestro de Diana en adelante, por más de dos años, no pude darme el lujo de entrar en lo que yo sentía porque me iba a quitar fuerzas que necesitaba para Diana. Así es que no lo hice no más. Y como soy tan práctica y los sentimientos se alejaban cada vez más, pensé ¿por qué entrar en esto? Hubo, quizás, dos o tres momentos donde me pude desahogar. Uno de esos fue durante un retiro con alguien con quien pude hablar un buen rato y despejar mi rabia.

- Igual supongo que estás marcada para toda tu vida por lo que le pasó a Diana. ¿Cuáles son las secuelas de esto en tu propia vida?

- Pienso que soy más compasiva, más tolerante. También, esto de ver a Diana después de su tortura y verla ahora es un milagro. Es impresionante. Es un milagro que no haya sido aplastada esta fuerza que tenía adentro. Sigue creciendo y creciendo.

- Hubo un momento cuando te sentiste realmente escandalizada por lo que pasó con Diana...

Me costó mucho creer que el gobierno de los EE.UU. estaba detrás de todo eso. Uno siempre ha sabido que el gobierno de los EE.UU. ha hecho algunas cosas malas, pero que existiera un compromiso total con la institución que planificaba y ejecutaba la tortura de manera sistemática en Guatemala, me impactó muchísimo. Todos sabemos que la CIA hace estas cosas, pero no que el Departamento de Estado, la Embajada, el Departamento de Justicia, el Senado también —todos estaban involucrados, absolutamente todos. Un momento en el que pude descargar algo de mi rabia fue cuando tuve que dar testimonio frente al Departamento de Justicia. Allí pude decirles lo que tenía que decir: por qué han optado nítidamente por el gobierno de Guatemala y sus escuadrones de la muerte en vez de hacerlo por una mujer ciudadana de los EE.UU. que, además, es monja.

Me costó mucho creer que el gobierno de los EE.UU. estaba detrás de todo eso. Uno siempre ha sabido que el gobierno de los EE.UU. ha hecho algunas cosas malas, pero que existiera un compromiso total con la institución que planificaba y ejecutaba la tortura de manera sistemática en Guatemala, me impactó muchísimo.

- Una pregunta sobre el aborto que se hizo Diana. Sabemos el daño que le causó decidir abortar. ¿Cómo te afectó a ti esta decisión?

Una de las cosas que lamento es no haber pensado desde el primer momento en la posibilidad de que estuviera embarazada. Probablemente la hubiera llevado a hacerse el aborto. Al principio ella no podía ni decir que había sido violada, pero una sabe eso. Debería haberme preocupado más, pero deje de preocuparme porque siempre estaba sangrando. Pensé que no podía estar embarazada con tanta sangre. Además, estoy segura de que aunque ella no se hubiera hecho un aborto, nunca iba a llevar un embarazo

a término por su estado de salud. Era imposible.

- Y tus propias creencias católicas ¿han sido afectadas?

Bueno, no creo en el aborto, pero hay casos... y este es uno. Habría sido seguir con la tortura exigirle a ella que intentara llevar ese embarazo a término. Estoy muy de acuerdo con las leyes contra el aborto, pero ninguna ley puede contener todos los casos. Y no creo que Dios querría que alguien llegara a este mundo de esta forma.

¿Cuáles son tus propias preguntas, ya después que salió toda la historia de Diana en el libro que acaba de ser publicado?

Sigo preguntándome, ¿cómo puedo seguir protegiéndola? ¿Está todavía en peligro? Es una preocupación mía porque ha recibido amenazas viviendo en Washington. Hubiera querido que ella llegara a un momento en el que pudiera poner fin a todo eso —y venirse a vivir conmigo en Chile (sería). Pero yo sé que eso no va a pasar porque este proceso no termina jamás. Ella ya es parte de una organización para los sobrevivientes de la tortura y por ahí va su camino.

decisión que las marca de por vida. Yo sé que hay personas que desaprobarán mi decisión. Y estoy segura que dirán que yo no tenía derecho a decidir si este humano o no-humano debía vivir o morir. Todo lo que puedo decir es que hice lo que tenía que hacer. Odio la elección que estuve forzada a tomar.

Ustedes encontrarán esto un poco raro, pero con todo lo terrible que fue esta experiencia, soy una persona mucho mejor. Soy más sensible ante las demás personas. Me preocupo por aquellos que están oprimidos y por aquellos que cometen crímenes contra la humanidad. Y no juzgo a las personas, eso lo dejo a Dios. Tengo una comprensión más profunda de la fragilidad de la humanidad y del mal que habita en medio de nosotros. Solía pensar que Dios se había equivocado al permitirme sobrevivir, pero ya no pienso que sea así. Dios, por alguna razón que desconozco, me dio el valor necesario para seguir viviendo. Créanme, sobrevivir es más doloroso que el momento mismo de la tortura. No sé cómo poner esto en palabras —pero yo entiendo lo que le pasa a las personas que sobreviven los horrores de la tortura. Por mucho tiempo, su sufrimiento, ya sea físico, psicológico o espiritual ha sido mal entendido y ha pasado desapercibido. Cuando salí de Guatemala en 1989 hice una promesa a las personas que dejé allá en la prisión clan-

destina —que iba a hacer todo lo que pudiera para prevenir que algo tan horrible como lo que nos pasó, le pasara a cualquier otra persona. Cuando miro para atrás y trato de comprender lo que pasó, todo parece una pesadilla que no terminará nunca. Terminará, me dicen, una vez que yo misma me pueda liberar del oscuro secreto. He comenzado a compartir este secreto oscuro al confiarlo a ustedes. No hay vuelta atrás.

### **Mi Mujer Amiga**

Todavía estoy buscando respuestas en la Biblia. Releí el milagro de los panes y los peces hace poco tiempo atrás. Jesús aceptó lo que estaba allí: cinco panes y dos peces ofrecidos por un muchacho. No se quejó, ni se desesperó. Dio gracias a Dios por ello, aunque parecía muy insuficiente, y comenzó a repartirlo. Toma lo que tengas en una actitud de agradecimiento y da lo que tengas en una actitud de fe y esperanza, y será suficiente. Será más que suficiente.

A medida que me voy recuperando, tengo nuevamente fe, esperanza y confianza, en mis días buenos. Pero incluso en mis días buenos, el olor del humo de cigarrillos me recuerda al policía. Salto si alguien corre detrás de mí y cuando alguien está parado demasiado cerca y me mira, retrocedo. Duermo con la luz prendida. Pido a las personas que no fumen, que no me miren fijo, que no hablen

de técnicas de tortura en mi presencia y que no me inviten a películas violentas. A causa de estas peticiones, algunas personas me han acusado de tener “una necesidad malsana de control”. Es como es y me imagino que así será siempre. En mis días malos sigo sosteniendo que debería haber muerto en prisión antes de haber sido usada para infringir dolor, antes de haber tenido que decidir sobre la vida o muerte de otra persona. Todavía deseo haber muerto.

La otra noche soñé, como lo hago muchas veces, con la Mujer y las personas que estaban en el hoyo. Lloraban. Yo no sabía por qué lloraban. Estábamos en el bosque. Los árboles tenían brotes verdes claros y podía escuchar el canto de los pájaros. Podía escuchar gemir a la Mujer y a las otras personas que estaban en el hoyo. Miraban la base del árbol. Sentí olor a lirios y me di cuenta que ellas las tenían en sus manos. Comenzaron a colocarlas a los pies de un árbol. Estaban haciendo la tumba. Estaban llorando con alegría porque ella no estaba más conmigo (Diana Ortiz dedica su libro a “Mi Mujer Amiga” —la Mujer a quien, forzada por sus torturadores, contribuyó a apuñalar hasta la muerte, y que se convirtió en su Espíritu Guía en el largo viaje para develar la verdad).

# EL MAL Y YO:

## intento de una fenomenología personal

Ivone Gebara\*

Para ciertos grupos feministas, la subjetividad, la emoción, la sensibilidad y la interconexión entre los diferentes niveles de la existencia son mediaciones fundamentales para todo conocimiento. Comparto esta perspectiva. Por lo tanto, mi propuesta es a partir de mi subjetividad, más precisamente de ciertos aspectos del mal vivido en mi propia vida. Me gustaría intentar decir, a pesar de sentirme con un cierto pudor y malestar, lo que experimenté como mal. Mi palabra sobre “mi mal” es por lo tanto una palabra que se busca en medio de los recuerdos y de las interpretaciones. Al expresarme, me revelo y me oculto al mismo tiempo. ¡Muestra alguna cosa y oculto tantas otras! No tengo control total sobre los acontecimientos que describo ni sobre mi análisis. Por su objeto, mi narración es incompleta y está marcada por la ambigüedad. Es una interpretación de los hechos de mi experiencia o una lectura actual de los hechos del pasado que puede ser, incluso en algunos aspectos, injusta para con otras personas que formaron parte de mi vida. Es la condición frágil de toda palabra humana que es necesario acoger en su riqueza y ambigüedad. Perfectamente consciente de estos límites me

\* Ivone Gebara, teóloga y religiosa brasileña, vive en Recife. Este artículo ha sido tomado de su último libro, *Rompendo o silêncio. Uma fenomenologia feminista do mal* (Petrópolis: Editora Voces, 2000).

Traducción: Ute Seibert

entrego a mí misma y a mis posibles lectores y lectoras algunas experiencias de mi vida.

### La experiencia de haber nacido mujer

Nacer mujer, cuando la familia de inmigrantes originarios del Cercano Oriente esperaba un hijo, un hombre, fue muchas veces un sufrimiento. Siempre me acompañó la expresión del deseo frustrado de mis padres y fue para mí como una herida. No soy, por mi sexo, lo que ellos querían que fuera. Jamás podría realizar sus deseos, sus sueños, su orgullo. No soy más que una mujer y, en su cultura, eso quería decir, dependiente, sumisa, sin posibilidad de poder continuar el nombre de la familia. Mi padre no podría tener el orgullo de tener un hijo, sobre todo porque él ya era mayor cuando yo nací. Una niña, nada más que una niña... ¿¡Por qué misteriosos designios de Dios tenemos una hija, nosotros que tanto deseábamos un hijo?! No hay nada que hacer, sólo aceptar este destino imposible de cambiar. Son palabras que siempre escuché, aunque fuesen dichas, a veces, con gentileza y humor, de parte de padres y parientes cercanos.

Crecer marcada por este destino, marcada por esta frustración, significó tener siempre que luchar por mostrar mi valor. Que una niña tenía valor por sí misma, no era algo evidente. Los hombres, sí,

ellos valen por sí mismos, por su esfuerzo de autonomía, por su lucha para convertirse en una persona de bien y alguien socialmente reconocido. Y yo, sin ser un hombre, buscaba mi valor, esto es, quería valerme por mí misma. Por eso, fui muchas veces acusada de rebeldía y recriminada por perder mi tiempo con libros, conferencias, cosas absolutamente inútiles para las mujeres.

Llegar a ser yo misma, valerme por mí misma, fue una forma de placer y de orgullo, de desafío y aventura, pero al mismo tiempo una cruz, a veces, difícil de cargar, porque necesitaba remar siempre contra la corriente. Necesitaba soportar las quejas en casa y buscar un lugar en el mundo de los estudios, diferente del mundo de la familia. Este mundo se anunciaba como el lugar donde yo podría, por fin, valerme por mí misma.

La opción de entrar a una congregación religiosa daba continuidad a mi lógica personal de valerme por mí misma. A primera vista puede parecer una contradicción, especialmente hoy cuando las instituciones religiosas femeninas están pasando por el filtro de la crítica antipatriarcal. Pero, para mí, en aquel momento, era un camino de libertad y justicia. Era un lugar, donde podía vivir los valores evangélicos sin las constricciones impuestas por mi cultura familiar de origen. Esta opción me llevó a huir de la casa y, consecuentemente, a

derramar durante años lágrimas de sufrimiento frente a la incomprensión, comprensible, de mis padres. El deseo de libertad me llevó muchas veces a vivir una culpabilidad que dejó huellas profundas en mí. Cada día me preguntaba: ¿por qué tanto sufrimiento? ¿Por qué mi felicidad debía pasar por la infelicidad de mis padres? ¿Por qué mis sueños de libertad y de valor debía significar la muerte de los sueños de ellos? La reflexión sobre las contradicciones de la vida formaba parte de mi pan de cada día y así sigue siendo, después de tantos años de lucha y perseverancia feliz en mi camino.

### **La experiencia de la fuerza y de la fragilidad de las matriarcas**

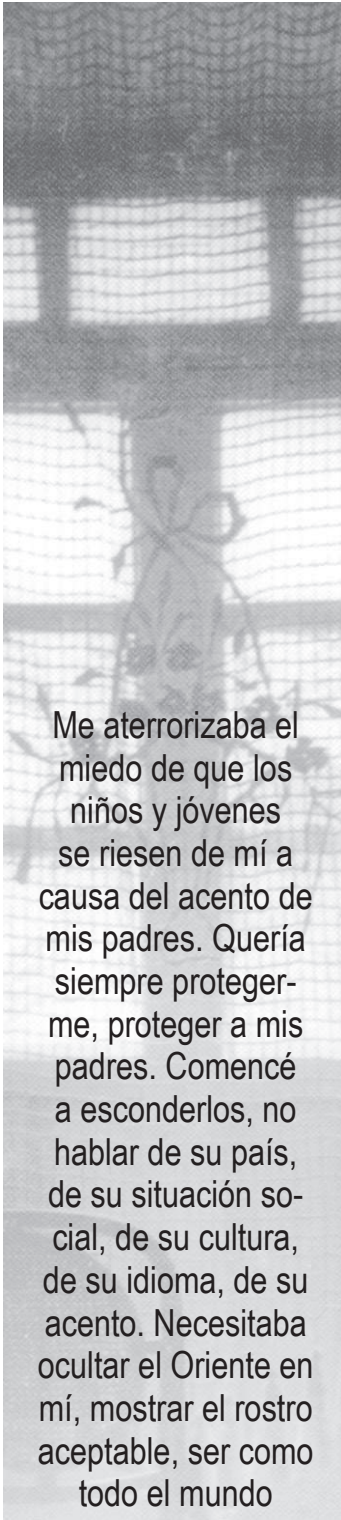
Para la feminista en que me convertí, la fuerza de las matriarcas de mi familia aparece como una prueba del valor de las mujeres. A la vez, si bien es cierto que esas mujeres—mi abuela materna, mi madre y mis tías—tenían mucho coraje para llevar adelante su vida y la de sus hijos, su coraje estaba preso en un sistema cultural que establecía con toda claridad el papel de las mujeres. Yo vivía en mí una contradicción. Yo las amaba mucho y, al mismo tiempo, no quería reproducir su fuerza sumisa. Ellas tenían

un coraje que siempre me impresionó, una fidelidad al deber para con su familia y una capacidad increíble de renunciar a sí mismas. Pero, todo eso suscitaba en mí, al mismo tiempo, admiración y una crítica silenciosa, un malestar y un bienestar frente a tales ejemplos de entrega.

Ellas eran fuertes en su sumisión a un sistema de valores culturales en el que las mujeres, aunque fueran muy capaces, aunque manejaran muy bien su

Una niña,  
nada más que una niña...

lugar en la educación de las/os hijas e hijos, públicamente, debían dar siempre testimonio de la dependencia de sus maridos o hijos. A veces me hacía mal su actitud, otras veces provocaba mi compasión, despertaba en mí una revuelta, un deseo de libertad sin objeto preciso. Sospechaba que había cosas que chocaban en su sumisión. Yo no sabía cómo nombrarlas a pesar de que siempre sospechaba su malestar. Yo sufría y, sobre todo, sufría de miedo de reproducir en mí este malestar que yo veía en la vida de ellas. Yo sufría en silencio, con miedo de revelar mis sentimientos tan diferentes a la tradición del medio en donde vivía. Yo pensaba que sólo yo tenía estos sentimientos, ni siquiera los compartía con mis hermanas que me parecían más o menos felices de reproducir este modelo. Yo vivía el mal de aspirar



Me aterrorizaba el miedo de que los niños y jóvenes se riesen de mí a causa del acento de mis padres. Quería siempre protegerme, proteger a mis padres. Comencé a esconderlos, no hablar de su país, de su situación social, de su cultura, de su idioma, de su acento. Necesitaba ocultar el Oriente en mí, mostrar el rostro aceptable, ser como todo el mundo

a un mundo diferente, soñaba con mi libertad, deseaba luchar contra las injusticias sociales, deseaba justamente aquello que parecía prohibido desear para una hija de inmigrantes. Este mal impregnó mi adolescencia y mi juventud, haciéndome soñar con otra música, con otra danza donde las bailarinas podrían acomodar sus pasos a la música de su cuerpo, de su corazón y de sus sueños. Y este mal, fuente del bien de mis sueños, todavía persiste, presente de varias maneras en mi trabajo de cada día. Mi mal se mezcla con el bien y mi bien me hace mal.

### **La experiencia de estar en una patria sin tener una patria**

¿Dónde encontrar el mal en esta situación cada vez más común en nuestras sociedades? ¿Cuál es el mal del que estoy hablando? En esta situación, ¿qué fue para mí el mal? ¿Y por qué fue vivido como mal por mí, cuando otras personas lo vivieron como bien y con orgullo de sus orígenes? Hay cosas que son vividas como mal sin saber si son realmente cosas malas. El mal es una relación vivida por sujetos de una variedad inmensa, lo que torna difícil comprenderlo. La subjetividad desempeña un papel de gran importancia porque es ella la que, hasta cierto punto, determina la intensidad del mal y, en parte, su calificación como mal.

Siempre he tenido el senti-

miento de pertenecer a mi país, Brasil, pero al mismo tiempo me he sentido muchas veces extranjera. En mi infancia y juventud no conocía otro país, otra patria, a pesar de que mis padres compartieron conmigo sus recuerdos y nostalgias. Oí decir frecuentemente que éramos extranjeros cuando las personas querían subrayar nuestras costumbres y tradiciones diferentes. Pero Brasil era mi país. Comencé entonces, a tener miedo a no ser aceptada como hija de extranjeros: un miedo que todavía me acompaña muchas veces. Me aterrorizaba el miedo de que los niños y jóvenes se riesen de mí a causa del acento de mis padres. Quería siempre protegerme, proteger a mis padres. Comencé a esconderlos, no hablar de su país, de su situación social, de su cultura, de su idioma, de su acento. Necesitaba ocultar el Oriente en mí, mostrar el rostro aceptable, ser como todo el mundo. Era necesario ser del Occidente latinoamericano. ¿Qué acontecimiento preciso desencadenó en mí este miedo? Honestamente, no soy capaz de decirlo, no sé, no me acuerdo y lo intento en vano. Pero el miedo existía en mi piel, en mi cuerpo, en mi pensamiento.

¿Qué mal, qué malestar, qué maldición traía dentro de mí misma la división de dos mundos culturales, de dos idiomas, de amar tanto uno como el otro y de no querer ser rechazada por ninguno de

ellos! ¡Qué riqueza —diría hoy—, pero qué sufrimiento en aquel tiempo! ¡Qué angustia y cuántas lágrimas y heridas cada vez que sentía la menor señal de desprecio por causa de mi doble pertenencia cultural! Cuantos dolores frente a cada burla infantil sobre el acento de los extranjeros y particularmente, de los árabes.

Este mal, lo viví igualmente en mis prácticas religiosas. Tenía dificultad para aceptar como verdaderas las liturgias orientales de las cuales mis padres participaban de cuando en cuando. Yo vivía ese culto como pecado, como grave falta contra Dios. Y eso era fuertemente acentuado en la escuela, en las clases de religión. ¡Cuántas contradicciones, conflictos y dolores sin solución tuve que vivir dentro de mí! En el fondo, pensaba que el occidente siempre tenía la razón, que las religiosas de mi colegio tenían más razón que mi familia, que los padres que predicaban en los retiros eran los más sabios del mundo y que lo más simple sería adaptarme totalmente a su música. Yo debía amarla más que aquella que escuchaba en mi casa.

La vida me abrió otras perspectivas y me hizo madurar en relación a mis juicios de juventud. Pero siempre quedan algunas migajas, vestigios de recuerdos que vuelven y que todavía me hacen sentir el gusto amargo de situaciones vividas de aquel pasado que me habita y me nutre.

## **Vivir el bien y el mal de ser teóloga feminista de la liberación**

¡Qué mal contradictorio! ¿Cómo se puede sufrir por el hecho de ser teóloga, y además “teóloga feminista”? ¡Qué sufrimiento bizarro! Mi sufrimiento teológico comenzó con una cierta autonomía de mi pensamiento. La búsqueda de autonomía, sentida como un bien, me llevó a sufrir el mal. Cuando yo repetía las ideas de los otros, particularmente de los hombres, no había problema. Podía ser profesora de filosofía y de teología. Podía contentarme en preparar bien mis clases a partir de libros de teología y de filosofía ya escritos y publicados por hombres, y jamás tenía dificultades. Fui muy apreciada como una profesora muy competente.

Pero llegó el tiempo de los frutos maduros y con ellos el deseo y el coraje de decir mi palabra sobre las cosas. La autonomía me llevó a vivir una considerable distancia en relación a mis colegas, la mayoría hombres. Una de las fuentes de la distancia fue mi adhesión a una perspectiva feminista, muchas veces considerada como un problema del primer mundo, que aspira a influenciar y cooptarnos. Pero mi experiencia y mi trabajo con varios grupos de mujeres, sobre todo del medio popular, me hicieron ver que había una cosa en particular a tomar en cuenta, una opresión especial vivida por las mujeres que no entraba en la

línea de pensamiento de la teología. La mediación del género me ayudó a comprender cuán fuerte la estructura jerárquica y dualista estaba anclada en nuestra teología, al punto de convertirse casi en su esencia, su especificidad. Además tomé conciencia de la lentitud de los cambios teológicos, tomando en cuenta que la teología actual, directa o indirectamente, mantiene la estructura jerárquica de nuestras sociedades llamadas cristianas.

Muchas veces escuché decir, que yo no era teóloga de verdad, sino filósofa. Y eso porque mi título era un doctorado en filosofía y no en teología. Eso explicaba para algunos el desvío de mi pensamiento. Parece que es el título académico que legitima y no los descubrimientos del pensamiento. Pienso que eso es verdad también para los hombres, pero tratándose de mujeres, este juicio es más duro y más incisivo.

Las luchas de mi pasado todavía forman parte de mi presente. Sin duda, el feminismo teológico ha logrado abrir algunas brechas en un pensamiento anclado en una estructura dogmática masculina pero seguimos siendo ciudadanas de segunda categoría en la Iglesia Católica. Por lo tanto, este mal todavía está presente en mi vida y me incita continuamente a superarlo. ☐



**¿QUIEN SOY?**

**¿ERA?**

**¿SERE?**

una revelación de  
trás de las fotos

Mary Judith Ress\*

Hace más de 20 años, tomando en serio la sugerencia de un amigo ermitaño, hice un “koan”, un ejercicio Zen. Este ejercicio consiste en cubrir un ojo con la mano y mirarse la cara en el espejo por un buen rato. Mi amigo me advirtió que, a partir de este “koan”, podría ver mi “esencia”. Lo hice —y de veras vi “quien soy/era/¿seré?”. Mirando mi cara en el espejo con un solo ojo, dentro de algunos minutos pude verme ya vieja —una visión que, a los 20 años, me asustó. Pero seguí mirando a esta Judy vieja y de repente mi cara cambió sutilmente y vi a mi abuela materna —mi querida “Ca”— mirándome. ¡Yo tenía su cara! Pero el ejercicio no terminó allí. Detrás de la cara de mi abuela, vi otras caras viejas —caras algo conocidas, algo familiares, algo semejantes a la mía. Llegue hasta ver una cara parecida a la mía hecha de piedra. Sin duda estuve mirando mi linaje, mis ancestros. Pero realmente

\* Mary Judith Ress es una teóloga ecofeminista que vive y trabaja en Chile.



me asusté y nunca más repetí tal “koan”.

Este año cumplí 60 años y ya no necesito cubrirme un ojo para ver la cara de la vieja Judy en el espejo. La veo con todas sus espléndidas arrugas y manchas que forman un “collage” de memorias, de mi historia.

Uno de los regalos que recibí para mis cumpleaños fue de mi hermana menor: Kathy me regaló un calendario hecho por ella, con una foto de mi niñez y juventud para cada mes de 2002. Tengo aquel calendario pegado en la pared de mi cocina y cada mañana, mientras tomo mi café, dialogo conmigo misma, haciendo el viaje por medio de las fotos para encontrarme con la Judy-bebé, niña, adolescente, joven monja guerrera. Es algo desconcertante porque surgen un conjunto de emociones que me sorprenden —siento una mezcla de pena y tristeza por esta Judy tan inocente e ingenua y también una cierta impaciencia y hasta rabia por sus tonterías y sus principios y idealismos tan altos y inflexibles. Pero quizás más que nada, siento una tremenda ternura por esta persona que conozco y no conozco a la vez y siento tantas ganas de aconsejarla desde este lado de la vida. Te invito a recorrer algunos de estas fotos conmigo y escuchar mis propios preguntas. ¡Ojalá que sirva para darte un empujón para hacer lo mismo con tus propios álbumes de fotos!

**1942.**

Acá estoy con mi mamá. Una guagua linda y gordita, una mirada clara y determinada. ¿Soy yo? Tengo que ser, pero a esta altura de la vida es difícil reconocerse en ella. ¡Esta pequeña es pura potencia! Le deseo buena suerte. Me interesa más la imagen de mi mamá, esta mujer joven de 26 años, linda y delgada. Sé que la quería mucho, pero a la vez no me reconozco en la cara de ella. Su historia ha sido tan diferente de la mía y durante la mayor parte de mi vida estuve convencida de que ella no podría comprender las luchas y los sueños de su hija mayor. Mi mamá murió relativamente joven y siento que todavía tengo unas conversaciones pendientes con ella que debo llevar a cabo— quizás por medio de los sueños o por medio de una imagería.

**1945.**

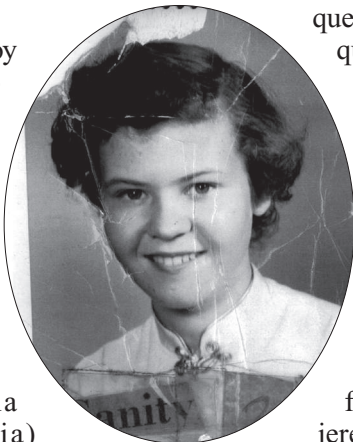
Acá, sí, reconozco a esta Judy niña. Reconozco su sonrisa medio forzada, su pelo castaño arreglado con trenzas y cintas (obra paciente pero sin tregua de la mamá) y sus piernas gorditas (¡siempre serán así!). Mirándola allá en la pared mientras tomo mi café, la quiero abrazar, casi como si fuera una hija mía. Quiero soplar en su oído que a pesar de todo, su vida estará llena



de belleza. Quiero cantarle una canción de cuna de sus ancestros irlandeses: “Tu-ra-lu-ra-lu-ra, Tu-ra-lu-ra-lay. Shhh... no llores, que será, será...”.

**1958.**

Acá soy una señorita de 15 años. Es la foto “oficial” de mi colegio (primer año de la escuela secundaria) donde mis compañeras han puesto sus comentarios chistosos para captar la personalidad de cada una. La mía dice: “Sanity?” (¿Loca?). Supuestamente, una joven alegre, simpática, buena para las fiestas, buena compañera. Pero yo la conozco más al fondo. Sé que es muy tímida —y muy inquieta a la vez. No quiere simplemente resignarse a ser profesora, enfermera o secretaria (las tres profesiones básicas para la mayoría de las mujeres de mi época) y después casarse con un príncipe azul para vivir feliz “para siempre”. Ella quiere hacer algo más significativo con su vida —algo que le dé sentido y una vida aventurera a la vez. Durante estos años soy la Judy



“alegre” que gano el premio de “la chica más simpática” de su curso, que luchaba contra la llamada de un Dios (súper patriarcal, por supuesto) que la invitaba a consagrar su vida en una forma especial y abrazar la vida religiosa. Mirándola desde acá, todavía apoyo su decisión de ser monja. Más

que la llamada de Dios — que hoy criticaría fuertemente desde mi mirada de teóloga feminista— pienso que esta joven Judy se sentía atraída por el convento por las mujeres que ella conoció en el colegio.

La mayoría fueron mujeres alegres, fuertes y llenas de una dedicación y un entusiasmo contagioso. A pesar de que la vida religiosa estaba regida por normas patriarcales de una iglesia que quería que “sus” mujeres fueran aut maro u aut muro (dicho en latín que significa “bajo un marido o detrás de un muro”), muchas monjas simplemente escapaban de este control y vivían una vida plena y feliz dentro de una comunidad de mujeres. Mirándola allá en la pared, le gruño, sonriendo: “Sí, chica, seguiste tu encanto” —y siento que me gruño de vuelta.

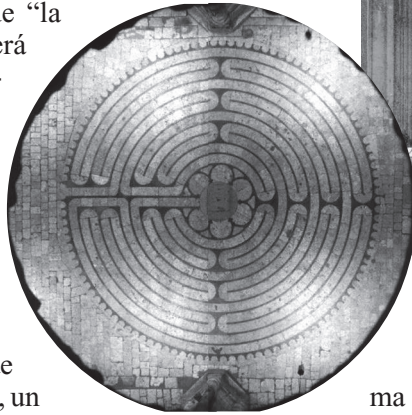


**1970.**

Acá estoy a los 28 años con mi papá. Soy una joven monja misionera trabajando en El Salvador. Esta foto fue tomada durante unas breves vacaciones en mi casa. Esta Judy está en plena etapa de ser una guerrera: luchando contra la guerra en Vietnam, luchando por los derechos civiles de los negros en mi país (EE.UU.), luchando contra la pobreza y opresión de los campesinos en

El Salvador. La veo con mucho entusiasmo por sus “causas” y con una total confianza y certeza de que “la tortilla se volverá y los pobres comerán pan y los ricos mierda, mierda”. Ay Judy, Judy de mi juventud— todavía puedo identificarme con tus convicciones y sueños de un mundo mejor, un mundo lleno de justicia y paz. Todavía me cae bien tu fervor revolucionario, tu “¡hasta la victoria siempre!”. Te saludo con mi taza de café, medio orgullosa de tu entrega pero a la vez medio incómoda con tus expectativas. Sospecho que si tu hubieras podido verme/te acá sentada a los 60 años, hubieras gritado, “¡No! ¡No puede ser! Ni fuiste la Madre Superiora de la congregación, ni la líder ideológica del partido o movimiento de liberación, ni una profesora de la teología de la liberación, ni una mártir que entregó su vida por la causa de los pobres”. No, querida, no he llegado ser lo que tu imaginabas que ibas a lograr ser, al llegar a los 60. Sorry! Han pasado más de 30 años ya y no soy tu ideal, tu monja revolucionaria. Dejé la vida religiosa, me casé, tengo/ tenemos dos hijos lindísimos que llevan algo de tu mirada revolucionaria en sus ojos. Tu sabes todo eso.

**2002.** Incluyo esta últi-



ma foto para completar el calendario. Acá estoy en medio del laberinto en la catedral de Chartres en Francia. Esta catedral gótica dedicada (por supuesto) a la Virgen María, es la más grande en Europa. El laberinto fue “redescubierto” solamente en la década de los setenta y todavía está cubierta con sillas y bancas porque la iglesia prefiere que los feligreses dirijan sus oraciones al Altísimo en el cielo y no se fijen tanto en el “viaje hacia el centro”—el laberinto— que se encuentra en el piso. En la foto, estoy haciendo un pequeño acto de rebeldía a reclamar esta antigua práctica, poniéndome en el centro del laberinto para meditar y conectarme con mi/tu/nuestro centro.

Tanto el laberinto con sus vueltas hacia el centro, como el calendario con las fotos de mi niñez y juventud, y el ejercicio Zen de ver la antigüedad de mi propia cara, me confirma que “somos un círculo

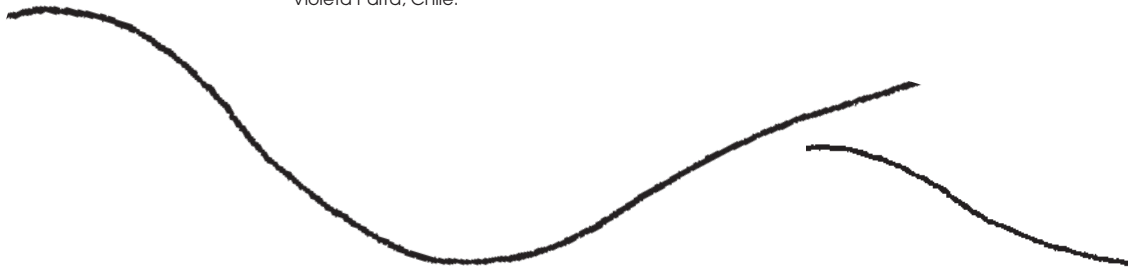
dentro de un círculo, sin principio y sin final”. A la vez, mirándome en el espejo, sé que ya soy vieja y me deprimó —pero dentro de un rato, olvido esta cara en el espejo y pienso que mi cara es la de la joven monja— hasta que alguien me cede su asiento en el autobús por ser “adulta mayor”. Y, más y más a menudo, siento el “peso” de mis ancestros susurrando en mi interior —sus consejos, sus reclamos, sus exigencias. Sé que camino bien acompañada. Sé que pertenezco a un linaje cuyos miembros siguen brotando a través de mí— y sospecho que brotaré otra vez en una mirada de rebeldía, en un gesto, en una risa, en algún par de piernas gorditas en el futuro. Y eso —a fin y a cabo— me da una gran paz.

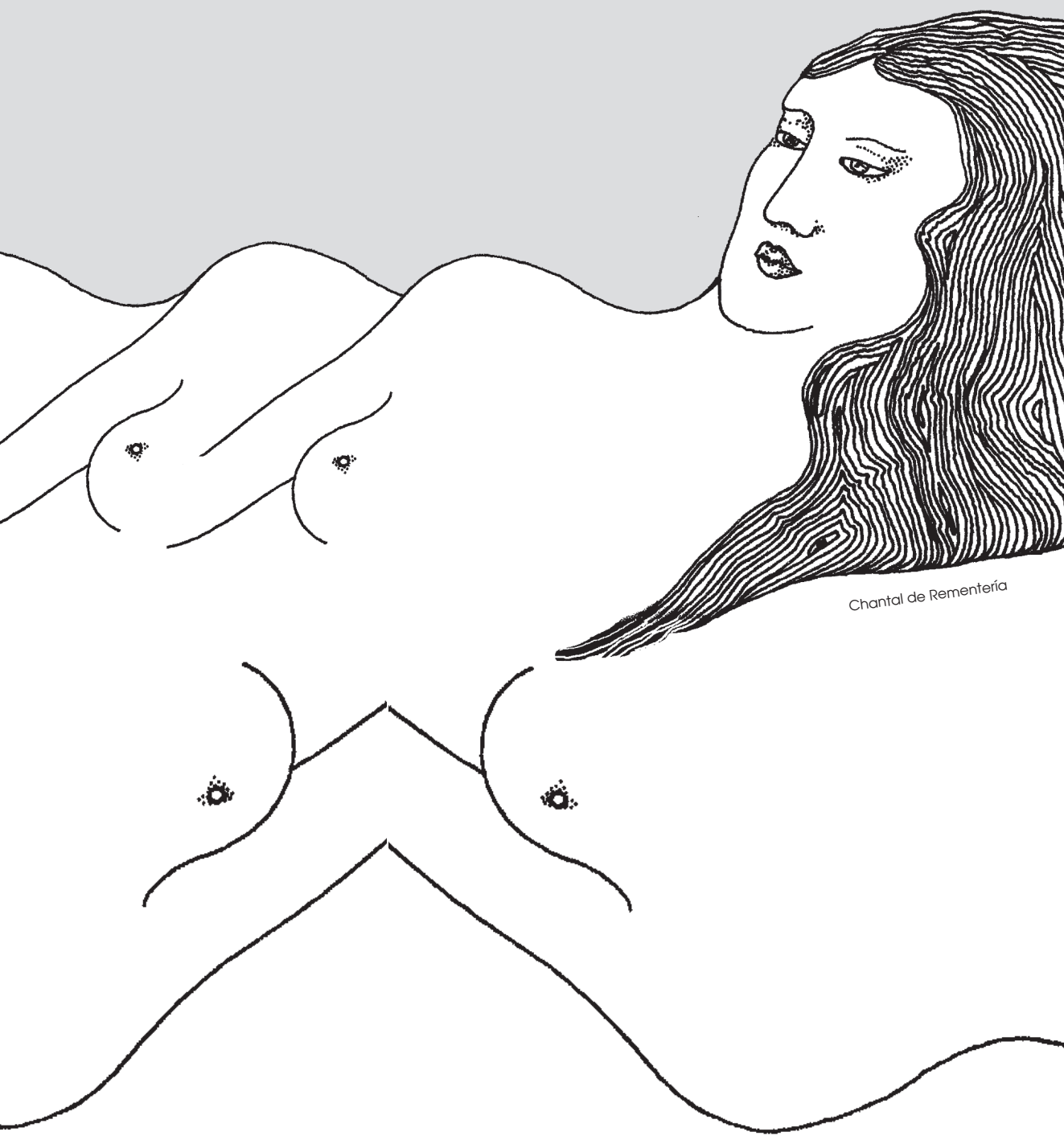


Volver a los diecisiete  
después de vivir un siglo  
es como descifrar signos  
sin ser sabio competente;  
volver a ser, de repente,  
tan frágil como un segundo,  
volver a sentir profundo  
como niña frente a Dios  
eso es lo que siento yo  
en este instante fecundo

Se va enredando, enredando  
como en el muro la hiedra,  
y va brotando, brotando  
como el musguito en la piedra,  
como el musguito en la piedra  
ay, sí, sí, sí

Violeta Parra, Chile.





Chantal de Rementería



# LA DOMESTICACION DE LA SEXUALIDAD EN LAS SOCIEDADES JERARQUICAS

María Emma Mannarelli\*

Revista Lola Press N°4

## Lo público y lo privado

La forma de experimentar la sexualidad es una compleja confluencia de factores a desentrañar para entender la cantidad de elementos que intervienen y cómo lo hacen. Supone una determinada definición de las fronteras del mundo privado y público. Esto quiere decir que para entender el significado de la experiencia del sujeto, debe prestarse atención a las configuraciones

del mundo doméstico y a sus relaciones e intercambios con las instancias que están más allá de las fronteras de ese universo.

La vida de hombres y mujeres adquiere sus significados y sus referentes emocionales y por lo tanto de conducta, de acuerdo a las configuraciones de la estructura familiar. En esto último se encierran también muchas dinámicas. Por eso es básico distinguir entre una casa que se va cerrando y va definiendo de otra forma sus linderos con la calle y los espacios públicos, creándose en su interior vínculos más cercanos, cuando se privatiza y se convierte en un espacio relativamente propicio para la intimidad, de aquella más permeable, más abierta, donde los vínculos entre hombres y mujeres tienen una calidad y una intensidad emocional

propia y están más matizados por otras presencias afectivas.<sup>1</sup>

Para entender la sexualidad, entonces, también es importante atender a los vínculos que se establecen entre hombres y mujeres, considerando la gran variedad de estructuras familiares existentes, resultado tanto de una combinación de vertientes culturales diversas como de una jerarquía social particularmente marcada, la que articula sin homogenizar. Esto no está ajeno, sino todo lo contrario, a las formas y a los rasgos del comportamiento estatal, que interactúan con los patrones de ejercicio de la autoridad privada.

El mito de la familia como célula básica de la sociedad ha tenido consecuencias negativas en términos de las propuestas para pensar la sexualidad y sus orientaciones.

\* María Emma Mannarelli, antropóloga peruana, forma parte del Programa de Estudios de Género de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos en Lima. Seleccionamos una parte de su ponencia presentada en el seminario Sexualidad y Culturas (Santiago, noviembre, 2002). La ponencia de la autora analiza el tema refiriéndose específicamente al caso de Perú. En la selección que ofrecemos a continuación hemos omitido las referencias explícitas al Perú, como una manera de proponer la aplicación de este análisis a la realidad de otros países de América Latina.

Es cierto que las organizaciones familiares, y sus discutidas variaciones, son recursos inmediatos e imprescindibles para la sociedad y su funcionamiento. Sin embargo, eso no quiere decir que de la familia emerjan naturalmente formulaciones en torno a los patrones de vida y a la normatividad del comportamiento social y que éstos sean los que mejor moldean la conducta y el proceder de los individuos. De allí que para pensar en la sexualidad sea crucial prestarle atención a cuáles han sido las características del intercambio normativo y emocional entre los vínculos de parentesco y las instituciones. Esto pasa por observar los grados o las formas de renuncia de las autoridades y de las responsabilidades, tanto del estado como de los poderes familiares. Las instituciones públicas en general han invertido poco en la modificación de las costumbres y no han producido un discurso extra doméstico que convoque y convenza a los miembros de los grupos familiares de distintas procedencias sociales y culturales. Paralelamente, esa forma de identificar a la familia y a su ubicación en la sociedad también ha fortalecido aquella actitud que le ha entregado a los miembros poderosos del grupo doméstico un dominio fuera de cuestión sobre sus subordinados.

El discurso público laico se ha resistido a asumir el papel regulador del comportamiento

entre hombres y mujeres y ha delegado a la iglesia católica buena parte del control de esos vínculos. Así ésta mantiene una ascendencia considerable en el ámbito del control de la sexualidad y en el universo de las relaciones familiares. La presencia clerical, lo mismo que la servidumbre, resultan un freno para la intimidad y para la disolución de los vínculos jerárquicos en el universo familiar.

### **Sexualidad y servidumbre**

En la fundación de la sociedad colonial las relaciones entre hombres y mujeres estuvieron impregnadas de vínculos serviles, y el servicio doméstico se confundía con el favor sexual. Esta situación tuvo efectos severos en la conformación de la privacidad, así como en los mecanismos de interiorización de la norma y de la contención del impulso entre los miembros del ámbito doméstico. Además, favoreció el acceso sexual masculino a las mujeres de distintos grupos sociales.

La servidumbre doméstica también se proyecta en el mundo público; como presencia en el escenario callejero recuerda la ostentación del prestigio, al mismo tiempo que remite a la exclusión de las mujeres del mundo público. Las mujeres que sirven en casa son la compañía callejera de las otras para salvar la reputación del grupo familiar al que pertenecen. Cuando la ciudad permanece

hostil a la presencia femenina, las posibilidades emancipatorias se restringen y los espacios para el despliegue del yo están reducidos. Estos son reemplazados por el enclaustramiento disfrazado, la libertad pública no existe para las mujeres. Mejor quedarse en casa.

En general la servidumbre es un referente jerarquizante, deteriora e inferioriza lo doméstico, que es lo naturalmente identificado con lo femenino. Es una invitación a la naturalización de la jerarquía. Es una relación y una presencia que se resiste a ser normada desde fuera. Así, define las fronteras del lugar al que el estado renuncia, sin lamentarse, a intervenir. Por otro lado, el acceso a este recurso de poder atrofia las demandas ciudadanas de servicios públicos que alivian el trabajo doméstico.

El correlato rural de la servidumbre se complejiza y se hace crónico en la cultura de la hacienda, donde se inserta la figura del padre/patrón. Aquella se ha configurado a través de la tutela vasallática definida por un tipo de respeto asentado en el sometimiento incuestionable de los subordinados a la voluntad de éste. En esta tradición la benevolencia se ha combinado con el trato despótico y los sentimientos amorosos han quedado excluidos. La persuasión y la actitud amorosa no son parte de este paternalismo señorial y pre moderno.<sup>2</sup> Más bien se asocia la obediencia, la protección y

la tutela, trilogía que se apoya en la ausencia de un poder público que regule las relaciones entre amos y siervos, y todas las acepciones de esta verticalidad, relaciones jerárquicas entre hombres y mujeres. El prestigio del patriarca se ha sustentado en su capacidad de proteger, controlar y someter a su obediencia al mayor número de individuos dentro de las fronteras reales y simbólicas de su casa. Así se construyó un modelo de virilidad señorial con un dominio con pocos límites sobre los sometidos al poder doméstico. El patriarca se erigió como el gran proveedor, siempre y cuando recibiera la total fidelidad. El patrón sostenía la estabilidad interna y hacía de conexión con el mundo exterior, pero sobre él no pesó ninguna instancia externa que regulara su poder. De otro lado, la actitud paternalista ha mitigado los rasgos más duros del sistema y debilitado la capacidad del individuo de verlo en términos políticos. El paternalismo intercambia protección y sustento por sumisión y trabajo no remunerado. El patriarcado es el poder personal dentro del hogar y se desarrolla a través de la dependencia personal. Es esta una de las coordenadas sustanciales sobre las que se han erigido los patrones de autoridad por un lado, y de afecto por otro. Por eso pensamos que reflexionar sobre la sexualidad exige incluir el problema de patriarcado/paternalismo, y su contraparte

Esta combinación de jerarquía y culpa religiosa externa no propició una interiorización de la norma con respecto a la experimentación de la sexualidad. La autoridad quedaba indefectiblemente fuera de la persona, y esto también debió tener consecuencias en términos de la estructura de las emociones.

política, la cultura patrimonial y clientelista.<sup>3</sup>

La gravitación del paternalismo, del clientelaje y de la moral de la servidumbre mediatizó las relaciones de afecto. Las figuras paternas y maternas no estuvieron al margen de esta combinación. La autoridad paterna tuvo que construirse ajena a controles extradomésticos, lo que puede haber contribuido a una acentuación de los vínculos autoritarios. Pero el autoritarismo tiene variedad de connotaciones. En este caso sería un riesgo no tener presente que se trata de una autoridad cuyo ejercicio no se orienta por una ley escrita sancionada por una institución público/estatal. El

padre no es una figura que haya intercambiado elementos o signos de su poder con otro depositario reconocido de autoridad.

### **La palabra masculina, el poder privado y la iglesia**

Las sociedades jerárquicas poseen una determinada distinción y repartición de poderes para la división del trabajo en el control de la sexualidad, equivalente o análoga al control de sus subalternos. Más que una doble moral se trata de una ausencia de control extradoméstico del comportamiento sexual masculino, en contraste con discursos altamente prescriptivos sobre la conducta de las mujeres. Mientras más jerarquía mayor prescripción, y a mayor prescripción externa menor incorporación de las normas. Esto tiene implicancias en la experimentación de la sexualidad. La sexualidad no transforma a la persona, no se incorpora como parte de un proceso civilizatorio y de individuación y diferenciación interna.

Las cortes civiles se han encargado secularmente de los aspectos patrimoniales de la conyugalidad (herencias, filiación, dotes, donaciones, testamentos). No obstante, pese al carácter secular de este tipo de regulaciones, las consideraciones a propósito de la sexualidad jugaron un papel importante en los fallos producidos por los jueces de



audiencias y cabildos. Llevar una vida honesta y recogida ante los ojos de los demás ayudó en muchas ocasiones a obtener una sentencia favorable. También, claro está, se dio lo contrario.

Los casos más flagrantes de transgresión sexual, como el adulterio por ejemplo, se ventilaban en las cortes criminales sólo en el caso que el marido ofendido hubiese decidido quedarse con la dote de la esposa adúltera y no defender su honor terminando con la vida de los amantes ofensivos, acción amparada por la ley de la época. Hay dos explicaciones para que la fidelidad conyugal pasara por la justicia secular: monto a ser traspasado de un cónyuge a otro, es decir, redefinición de un derecho patrimonial; en segundo lugar, hasta que el adulterio no pusiera en riesgo la indisolubilidad del sacramento matrimonial, no pasaba a la corte eclesiástica, y se ventilaba solo como una cuestión de honor, es decir, como algo relativo al grupo de parentesco, pero no al individuo como tal. La sexualidad y sus transgresiones en términos sociales no apelaban a una individualidad, a la interioridad de la persona. Las tensiones estaban referidas al grupo y las instituciones. Al ser así, la experiencia sexual no configuraba al individuo, ocurría en lo externo, allí se significaba; entonces no había una transformación del aparato psíquico. Esta vendría

siendo una de las hipótesis centrales de este texto.

La unión conyugal propiamente tal, su curso y las formas de apareamiento pasaban por la iglesia, y desde Trento, muy detalladamente, pasaban por la iglesia y su doctrina. Esto significaba que el discurso sobre la sexualidad, sus formas aceptadas (unas cuantas) y sus prohibiciones (una lista bastante más extensa) emanaban del púlpito y del catecismo; y el perdón de las transgresiones, de los confesionarios.

El estado y la iglesia, en combinación con el código de honor, definido preferentemente por los jefes de los clanes familiares, y del que eventualmente los jefes de discretas y pequeñas familias extraen modelos de conducta, han emitido una normatividad sobre la sexualidad femenina en particular. Creo que esta ha sido bastante más explícita y pública que en el caso de la población masculina. Estas regulaciones son producto de negociaciones no pocas veces ajenas al conflicto.

En las sociedades coloniales jerárquicas se combinaron las prescripciones externas en torno a la orientación del comportamiento sexual y los enunciados propios de una organización corporativa/estamental. Esta combinación de jerarquía y culpa religiosa externa no propició una interiorización de la norma con respecto a la experimentación de la sexualidad. La autoridad quedaba indefectiblemente

fuera de la persona, y esto también debió tener consecuencias en términos de la estructura de las emociones. Al quedar fuera, en la medida en que las referencias para elaborar esas experiencias se ubicaban más bien fuera de las personas (grupo de parentesco, código de honor, la gloria de dios, el fuego eterno del infierno) el impacto en el aparato psíquico no tiene mayor relevancia como experiencia emocional del yo. Lo que se desprende de aquí es que en las sociedades jerárquicas la experiencia de la sexualidad se encuentra con dificultades para incorporarse en la interioridad, o más bien para complejizar el mundo interno, para ampliarlo; esto también significa que no contribuye a una proceso de diferenciación entre el yo y el afuera. ☻

#### Notas

1. Norbert Elias, *El proceso de la civilización. Transformaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. (México: Fondo de Cultura Económica, 1987).
2. Peter Elmore, "La violencia del tiempo. El mestizaje y sus descontentos", *Márgenes* XI, 16, 1998, Roland Anrup, *El taita y el toro*. En torno a la configuración patriarcal del régimen hacendario cusqueño, (Estocolmo: Instituto de Estudios Latinoamericanos, Universidad de Gotenburgo, 1994).
3. Esta relación la he trabajado en "Sexualidad y cultura pública. Los poderes domésticos y el desarrollo de la ciudadanía", *Estudios culturales*. Discursos, poderes, pulsiones, S. López Maguña, G. Portocarrero, R. Silva Santistevan, V. Vich, (Lima: Red para el desarrollo de las Ciencias Sociales, 2001).

# TESTIMONIOS ENTREVISTAS

## MADRES E HIJAS I:

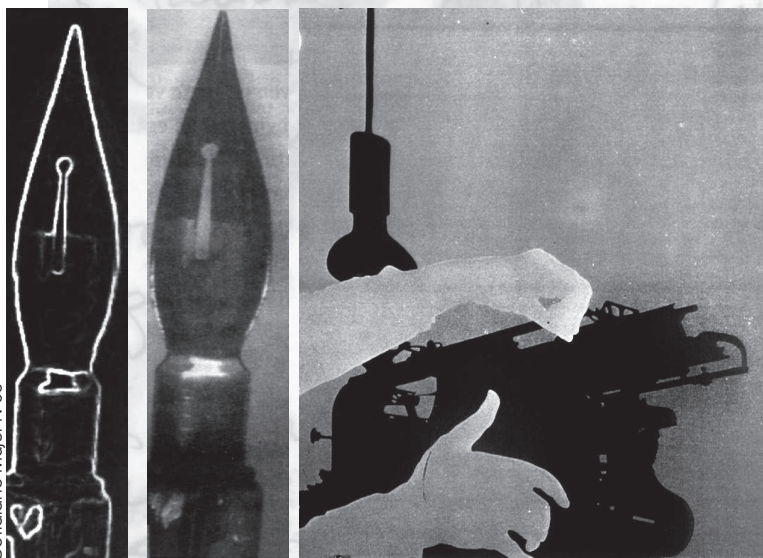
Eliana y Verónica

Como parte de las historias de mujeres, entrevistamos a madres e hijas, sus experiencias compartidas —tanto en la vida como en proyectos comunes. Presentamos aquí a Eliana y Verónica; Lucía y Teresa.

**E**liana: Yo venía de los grupos de mujeres capacitadas para hacer arpilleras. Fui parte de la Coordinación de Mujeres que pertenecía a la Iglesia Católica (la Vicaría de la Solidaridad). Aprendí mucho en esos años —con

gente muy valiosa como Juanita Alvarado, por ejemplo. Y me gustaba entregar lo que aprendía —planificar, desarrollar talleres y llevar eso a la población. Entonces, cuando Susan (una misionera laica de Maryknoll) llegó preguntando qué podríamos hacer dentro de la población, inmediatamente dije: algo para las mujeres, pero que tuviera un enfoque de género, que incluyera los derechos de las mujeres. ¿Y a quién más podemos invitar? Ahí salió la idea de invitar a mi hija, Verónica, que estaba saliendo de la Comunidad Cristiana (1990). Y fundamos Las Araucarias.

**Vero:** Así pasó. Estaba trabajando en la parroquia con jóvenes pero quería empezar otra etapa de mi vida. Tenía 29 años y me gustó la idea de capacitar y capacitarme a mí misma al mismo tiempo. Mi mamá me dio la oportunidad



Lourdes Castro

de crecer como mujer, invitándome a ser parte de Las Araucarias. No sé si hubiera podido estar en otro grupo. Siento que este grupo tiene nuestro sello, nuestro sueño de un proyecto común, aunque no sepamos exactamente hacia donde vamos.

Uds. llevan 10 años en esta organización trabajando juntas como madre e hija. Eso es algo interesante...

Vero: La que lleva la última palabra es mi mamá. Yo doy mi opinión y a veces me escucha y otras veces no. Y como yo soy de reacciones lentas, muchas veces me surgen más reflexiones una vez que estamos en la casa. Conversamos mucho, mucho sobre la organización en casa. A veces, pienso que no es tan bueno eso y que debo separar más las cosas de la casa y las cosas de Las Araucarias.

Eliana: Yo siempre valoro lo que dice la Vero porque ella es más reflexiva y yo soy más impulsiva. Siempre la consulto porque es muy importante la opinión de ella. Pienso que ella es el cerebro del grupo, porque cuando tenemos que hacer un proyecto, todas confiamos en ella. Además ella tiene más estudios que el resto del grupo y yo estoy consciente de eso. Nosotras tenemos la experiencia y ella el saber.

Vero: Sí, yo soy más la que piensa, idea, reflexiona y mi madre es la que ejecute las cosas, pone orden.

Es difícil verlas, muchas veces, como madre e hija —

parecen bastante cercanas en edad, pareces más socias, hermanas. Supongo que habrán tenido que trabajar mucho la relación entre Uds.

Eliana: En la etapa de la adolescencia, nuestra relación fue difícil —hemos peleado mucho. Pero una vez que estamos trabajando con el grupo, se me olvida que es mi hija. Ella es más una amiga, una compañera, en la que se puede confiar.

Vero: Es que compartimos un mismo proyecto. Quizás eso viene de nuestra participación en la parroquia. En un momento, tres de mi familia eran miembros del Consejo Pastoral y conversábamos mucho sobre como iba la parroquia, teníamos que hacer decisiones fuertes, resolver conflictos juntos, etc. Entonces, siempre mi familia ha tenido un proyecto más grande que la familia —un proyecto común, hacia el mundo de afuera. Eso nos ayudó a formar y mantener el grupo de mujeres.

Uds. trabajan temas sobre el cuerpo, la sexualidad, el abuso sexual. ¿es difícil trabajar juntas estos temas?

Vero: Con los mismos procesos con las mujeres, hemos podido llegar a una gran

confianza. Es increíble lo que converso con mi mamá. Ahora, como estoy pololeando, reflexiono mucho con ella sobre mis luchas internas. A la vez, estoy tratando de armar un grupo de amigas más de mi edad. Por ejemplo, hay un grupo de chicas que se reúnen en la noche y aunque las escucho, necesito que ellas me escuchan a mí también.

Eliana: Yo no voy a eso, pero me siento un poco sola. Me cuesta tener un grupo de amigas. Siempre he sido así, bien reservada. Pero siento la necesidad de eso. Sobre todo ahora que estoy pasando por la menopausia, le cuento mis dolores a la Vero. Si no fuera por ella, no tendría con quien conversar estas cosas.

Vero: Este ha sido un año de encuentros y desencuentros. De dependencia e independencia. Buscando nuestras propias

Mi mamá me dio la oportunidad de crecer como mujer, invitándome a ser parte de Las Araucarias. No sé si hubiera podido estar en otro grupo. Siento que este grupo tiene nuestro sello, nuestro sueño de un proyecto común, aunque no sepamos exactamente hacia donde vamos.

autonomías. Pero seguimos conversando.

¿De qué se nutren Uds.?  
¿De las conversaciones?  
¿Dónde recargan las pilas?  
¿Cuáles son sus fuentes de inspiración?

Vero: Yo hago muchas cosas sola. Escribo poesía, algo que yo había dejado y después retomé. Tratando de escribir lo que siento, mis emociones. También el grupo me ayuda mucho. Es un espacio para mí, la vida de las mujeres me nutre—escucharlas, abrazarlas. A mí eso me fortalece, me hace muy bien.

Eliana: Yo estoy más sola, porque la Vero está pololeando y ahora pasa poco por la casa. Como mamá, me preocupa que no salga herida de esta relación. En este momento estoy tratando de alejarme un poco de Las Araucarias. Estoy buscando otras instancias donde pueda estar solar, como yo, como Eliana. El año pasado estuve en este proyecto de aprender como editar una revista y me quedé contenta haciendo entrevistas, escribiendo, etc. El grupo en este momento no me satisface completamente. Quiero estar con otras mujeres de mi edad donde pueda compartir mis cosas.

¿Se sienten Uds. como mujeres plenas?

Vero: Yo diría que sí. No sé si tengo proyectos terminados pero, sí, tengo proyectos más claros. Sé lo que quiero y lo que no quiero. Al cumplir los 40 años, muchas miran para

atrás y ven todas las cosas que no han hecho de lo que hubieran querido hacer o que hay muchas cosas que faltan. Yo estaría contenta si tuviera un espacio para hacer sanación. No necesito más. Ni liderazgos grandes, ni dirigencias importantes. El propio espacio privado es mi lugar. En cuanto a mi pololo, él es parte de mi vida ahora y estoy contenta. Pero antes de que él entrara en mi vida, estaba contenta igual. Eso me enseña que puedo apegarme y desprenderme de personas. Yo creo que este año aprendí eso—el apego y el desapego. Puedo amar y soltar y dejar vivir. Yo me siento tranquila. No quiero más. Quizás más estabilidad económica. Pero no quiero más de lo que tengo.

Eliana: Me siento plena cuando miro a otras y veo lo que he hecho. Me doy cuenta que quisiera ser siempre una mujer activa. Cuando no tengo algo que hacer, me siento mal. Necesito estar con otras personas, tener un proyecto común es importante para sentirme bien. En este momento me siento algo estancada en eso porque no estoy haciendo muchas cosas. Estoy tratando de fluir, como dijo la Vero, pero me cuesta. Me cuesta estar tranquila sin hacer nada. Por lo general, necesito un plan para el año, no eso de “fluir” con lo que llega. Me siento contenta cuando terminamos bien un taller, una actividad. Eso me llena. El contacto con las personas me da mucha

confianza. Me llena de alegría.

Algo más sobre sus fuentes, su espiritualidad...

Eliana: Mi espiritualidad es muy propia. La iglesia ya no me dice nada, está fría. Contemplar la luna—me fascina la luna llena—me da una conexión clave. También me encanta estar en mi jardín—¡mi jardín fluye más que yo! Siempre quiero ver si salió algo nuevo.

Vero: Siempre he sentido la necesidad de vivir en comunidad. Mi grupo de chicas es clave para eso. Eso está relacionado con seguir mi encanto. En la medida en que sigo mi encanto, voy levantando mi espíritu. Las relaciones son muy importantes: el abrazo, lo que uno dice, los gestos—son regalos. ¡Y los sueños! Creo que vivo más en mis sueños que en la realidad. Son una fuente de inspiración y dirección que no hemos sabido apreciar. Sigo las intuiciones que me dan. Me encantan los ritos que hacemos, me encanta el espacio sagrado de mi cuarto. ☯



## MADRES E HIJAS II: Lucía y Teresa

1

**L**ucía: Ella era muy activa durante mi embarazo, porque era dirigente de toma... yo nací en paro de los hospitales... yo siempre he tenido esa imagen de mi madre, muy aguerrida.

Teresa: Esa historia de que yo estaba embarazada de ella e iba a tomas y todo eso, se la contaron los pobladores...

Lucía: Sin planificarlo yo me enteré de mis orígenes... Yo tenía 18 años, estaba en la Jota en Santiago y nos tocó ir el año '90 a distintas poblaciones de Concepción y Coronel. Yo fui a Lagunilla, justo donde yo había estado cuando chica, cuando ella cayó detenida y mi padre estaba fondeado... él era brasileño y estaba exiliado de Brasil. Allí, de repente, estábamos haciendo una fiesta en la calle, con la gente del campamento y una señora me quedó mirando y me dijo: usted es hija de Teresa Lastra. Yo le dije: sí, ¿por qué?... ¡porque usted tiene el pote igual a ella!

Teresa: A ella yo la saqué de Coronel al año, me puedes crear, y la gente la reconoce con 18 años...

2

Teresa: Desde que me embaracé, a los tres meses, yo sabía que era mujer, yo soñé con ella y sabía que era mujer y el nombre que iba a tener, porque el nombre Lucía viene de la película cubana. La fuimos a ver con el padre de ella y dijimos: si es niña le vamos a poner Lucía... Hasta los ocho años la Lucía era adosada a mí. Al año ocho meses salimos a Francia, sa-

limos los tres y ahí quedamos pegoteados hasta que ella tuvo ocho años. Toda la parte del exilio, cuando estuvimos en Italia, cuando estuvimos en Panamá, después estuvimos en Nicaragua, éramos como una. Si yo no la tengo cerca, es como que me faltara algo... orgánico. En Italia entré a la actividad con las italianas, había un grupo que trabajaba talleres de autoconciencia, te hablo del año '75, '74, y ahí yo iba con ella siempre, la Lucía todo este período estuvo pegada a mí, yo la llevaba, yo tenía que salir con ella...

Lucía: Yo tengo conciencia de todos los períodos, yo me acuerdo cuando me llevaba acá arriba, a las concentraciones feministas en Italia, tengo recuerdos... Como dice ella, éramos una sola carne, un solo cuerpo...

Teresa: Imagínate, yo tenía 22 años, un exilio a los 22 años, con una hija... todas las peripecias, todas las situaciones más lamentables que podría haber vivido en el exilio, las viví con ella: quedarnos sin vivienda, no tener donde dormir... En un momento, nosotras nos vamos desde París a Roma porque yo estaba prácticamente desfalleciéndome cuando me separé del padre. Afortunadamente a través de los grupos de resistencia que se fueron creando en el exilio, tuve el apoyo de la gente en Roma. Ahí pudimos estar en una casa, porque en París, a mí me prestaban un colchón y dormía en ese colchón con

ella, y tenía que preparar la mamadera, tenía que hervir todo esto en un anafre, porque estábamos en un departamento en el que no había nada, sólo el colchón donde dormíamos las dos, un anafre, donde yo hacía la mamadera, el almuerzo, la comida y todo. Ahí estuvimos casi dos semanas y, entonces, nos fuimos a Roma, y allá tuvimos casa, nos acogió un grupo de gente de lo que era la izquierda italiana. Llegamos a Roma y la gente la adoraba, la gente la quería mucho, nos querían a las dos, las dos caíamos bien. No tengo recuerdos de dolor, me acuerdo de cosas que me producen placer. Es que no eran dolorosas porque yo estaba con ella. Y a los 22 años la dimensión del dolor es otra también, como que el mundo te pertenece... Ella me da una fuerza tremenda, sentido de vida, de fuerza, de todo... Ahí se creó este lazo fuerte, fuerte... Que a veces la agobia. Yo tengo claro que a veces la agobia. A mí no me importa, no me importa agobiarla... Yo siempre le digo a ella que yo la amo, yo no la quiero, la amo.

3

...pero hubo un tiempo en que se separaron...

Teresa: Sí, cinco años estuvimos separadas... Fue doloroso, muy doloroso, tremendamente doloroso. Yo creo que para ella fue algo difícil, le costó mucho tiempo asumirlo... aún así cuando yo vuelvo a reencontrarme con

ella, la sentí muy cercana, muy cálida... después vino la rabia... Después de que nos encontramos era la alegría de que yo volviera con ella, que estuviera viva, y que pudiera seguir esta historia de a poco...

Lucía: Yo creo que trabajar juntas hoy día es un acto de amor... ☺



Elisa de Paut es una Mujer entre los 80 y los 90 años. Vive en el Barrio Bellavista de Santiago de Chile, casi frente al zoológico. Escritora de poesía, libros de cuentos, apasionada por la ecología, Elisa es una mujer maravillada y agradecida de la vida. Su marido murió en un accidente muy trágico y ella recuerda: "...cuando me di cuenta que él iba a morir, yo sentí unas ganas de vivir... un instinto; yo sentía que la vida que él iba perdiendo, se me iba traspasando a mí...». Comenzamos nuestra conversación hablando sobre ciertos momentos claves en su vida, sobre cómo ha integrado estas transiciones, sobre sus aprendizajes...

Yo creo que un momento clave, bien importante para la gente madura, es cuando una deja de trabajar, porque le cambia la vida, queda con más libertad, entonces una tiene que adaptarse a una nueva modalidad, a otros horarios y a otras posibilidades. Lo primero que pensé en hacer —como yo soy sola y me gustan los

ambientes agradables, me influye mucho el ambiente— fue arreglar el departamento, hacerle todos los cambios que necesitaba y que yo podía hacer. Lo segundo, me comprometí mucho a trabajar en Amac, organización de iglesia a la cual pertenezco.

Yo trabajaba en el Servicio Agrícola Ganadero y aunque

no tenía título figuraba como experta en comunicación. Ahí me vinculé mucho con el campo ecológico y gracias a ese trabajo “aterricé” en este campo y me apasionó. He escrito varias publicaciones de ecología para niños/as —tengo una por publicarse— referente a los recursos naturales renovables: Las aventuras de una gotita de agua, La tierra mágica, El bosque es un corazón verde...

Mientras trabajaba en el SAG, me pasaron un libro de Rafael Elizalde, un precursor, una especie de profeta, ese libro me dio un golpe a la conciencia. Dije: estamos aquí viviendo como estúpidos, destruyendo nuestro planeta y nadie se preocupa. Se habla mucho de ecología, pero ¿quién la vive, quién hace algo? A veces te brotan cosas que una cree totalmente dormidas o que no existen en una, por ejemplo, este descubrimiento de la ecología. Encontré que había que meterse en eso de alguna manera. Y como a mí me gusta escribir, me dije: yo no soy científica, pero esto hay que decirlo, hay que divulgarlo. ¿Y a quién? A los niños, porque los niños y las niñas son los que pueden cambiar.

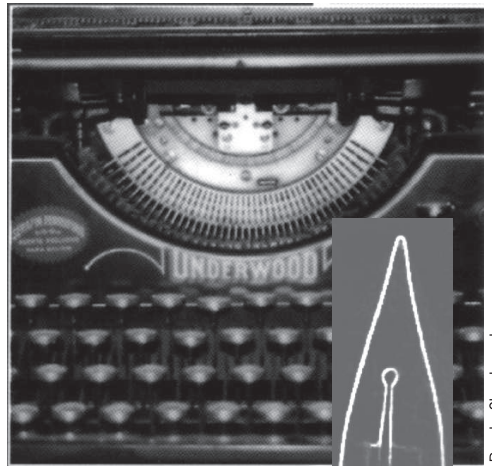
Enviudé a los 29 años de casada. Afortunadamente estaba trabajando y fuera de la pérdida, tenía a mi mamá muy enferma, así es que tenía que seguir viviendo para ella. Cuando una está tan absorbida con tanto quehacer, no le das

tiempo al dolor porque tienes que sobreponerte. Yo he sido una persona muy activa, entonces cuando enviudé, lo primero que hice fue escribir. He tenido la inclinación a escribir desde siempre, pero no me dediqué con mucho empeño a hacerlo hasta que quedé más libre: la absorbe a una el tiempo, las preocupaciones, una necesita su tranquilidad. De todo lo que he escrito, lo más sistemático ha sido la escritura de los libros de cuentos.

He aprendido que soy capaz de hacer muchas cosas. Mis actividades me gratifican y estoy muy feliz—a pesar que tengo problemas y carencias. Toda la vida es un proceso, físico, psíquico. Una va descubriendo cosas que la hacen vivir. He descubierto la belleza del mundo... cada vez más. Una es tan maleducada, que todos los días cuando salgo de la ducha, digo: ¡Ay agua, no conversé contigo, no te sentí como debería haberte sentido!. Cada cosa es tan maravillosa, deberíamos ser más concientes. Cuando una es más madura, piensa más las cosas, las mira mejor. Cada día me maravillo más de la creación, de todo lo que sucede, de la presencia de Dios a través de la historia, de la naturaleza,

de todo. Cada vez lo aprecio mejor. Eso me da optimismo, porque veo que las cosas siempre han sucedido: han habido calamidades, cosas negativas y la humanidad sigue adelante.

Yo veo ahora que los/as niños/as de hoy son tan vivos, tan participativos/as, despiertos; nosotras éramos unas muñecas, unas marionetas, no nos dejaban hablar. Eso es una maduración de la conciencia que corresponde al proceso de evolución en qué vivimos. Espero que esta evolución nos lleve a una mayor conciencia justiciera, porque la conciencia no es sólo conocer y saber; está también la conciencia moral de no perjudicar al prójimo, a tu hermano, hermana, en ningún sentido. ☐



Paulo Sichevsky



## CRONOLOGIA

Josefina Hurtado Neira

**1972**

Caminamos por las calientes calles de las poblaciones escondidas, insospechadas para muchos de los que viven en la pseudo aristocrática ciudad de La Serena. Rebelde en mano, entramos en casas con piso de tierra, tiempo de intensa “concientización”. Mi cabeza en tu hombro, en el último asiento de la micro: nos iremos a vivir a esa población. Decisión clara, cercana, coherente, hasta la pregunta de mi padre, hecha así como a la pasada: ¿así que tú no vas a ir a la universidad?

**1973**

Mi mano enfundada en guante de primera comunión dibuja plano destinado a manos clandestinas. La puerta con llave, el tiempo quieto. El delantal de colegio asegura inocencia, las miradas se encuentran a la hora señalada: “es mejor que te metas a estudiar yoga, sirve en caso de tortura” (y tu caíste el día siguiente).

No hubo más encuentros ni lecturas aplicadas de marxismo leninismo. Los libros cayeron desde el cuarto piso al incinerador. Las clases de ruso inconclusas e inservibles para tan brusco cambio de rumbo.

Los planes no eran ir al país representante del imperialismo por excelencia, ni vivir con tranquila familia luterana en una granja al norte de Estados Unidos. Menos que me gustara tanto. Pero así fue.

**1976**

De vuelta en Chile, nuevos escenarios, nuevos (des) conocidos. La universidad, la gran ciudad. ¿Qué señales reconocer? ¿En quién confiar?

Nos juntamos un día a estudiar para la prueba del lunes, dejamos los libros y no sé cómo ni por qué las manos se comenzaron a untar de pinturas y tiñeron las otras caras y nos fuimos a la calle con bufandas de papel higiénico, subimos en micros, bailamos rondas, invitamos a transeúntes.

Y después del éxtasis: hay

algo en todo esto que no me gusta. Hay algo de pequeño burgués... (y esa fue la clave para reconocernos).

**1978**

Fernanda nació y creció entre las guitarras, flautas y melodías de Santiago del Nuevo Extremo: “En mi ciudad murió un día el sol de primavera a mi ventana me fueron a avisar...”

Las letras y sonidos de las canciones recomponían sueños, daban señales identificatorias, para saber quién era cada quien...

Santiago, quiero verte enamorado

y a tu habitante mostrarte sin temor

en tus calles sentirás mi paso firme,

y sabré de quien respira a mi lado...

préstame tus manos, sumemos soledades

si viene algún amigo somos tres rompamos las distancias de aquí hasta el mañana

así podremos cantarle al amor sólo quiero saber quienes miran hacia donde miro yo

quienes son los que enredadas las manos se acuerdan del cantor...

A los desaparecidos se les prometía memoria...

Ausentes

volverán en el futuro

que comienza a ser presente y contarán

su historia dentro de la historia...

La vida fluía entre casa, cafés, universidad, conciertos, pañales, mamaderas y la



música del Santiago.

**1981**

Haremos un acto simbólico: la mancha roja subirá las escaleras e inundará las oficinas del rector...

Y hubo otros actos más que simbólicos y nos encontramos varias veces en las calles céntricas, arrancando del “guanaco”, después de alguna acción relámpago: “¿y tú no estabas cuidando a la Fernanda?”, “¿y tú no dijiste que ibas a estudiar?”.

Los grupos de estudio, colectivos de reflexión, talleres de sexualidad, género y... (todo lo imaginable). Primer seminario de mujer y antropología. Campaña soy mujer tengo derechos. Convención nacional de salud de las mujeres. Celebraciones del Día Internacional de la Mujer. Campañas por una educación no sexista. Campañas en contra de la violencia doméstica... Viajes nacionales e internacionales. Mujer y.... Género y....

Trabajo remunerado e intereses y motivaciones personales. Todo junto. Hasta el cansancio.

**1984**

Javiera nació. No quiero correr como loca todo el día. Quiero estar en la casa. Quiero ver como crece, repercutir con sus sonidos, dejarme maravillado con sus exploraciones. Algunas amigas del barrio me miran con lástima. ¿Para qué habrá estudiado tanto si iba a terminar en la casa, “amarrada

a las niñas chicas”?

**1991**

La opción política había arrasado con la religiosidad vivida en la infancia. Mi encanto por la magia, religiones y espiritualidades se había volcado hacia fenómenos vividos por otros. Me había transformado en una observadora sobreinvolucrada, incorporando imágenes, percibiendo la detención del tiempo, hundiéndome en la certeza de momentos únicos. Involucrada pero ajena, viviendo a través de las creencias de otros.

Quizás por eso mismo la invitación de Elena pareció interesante: hay un grupo de mujeres que se está juntando a celebrar sus propios ritos, ¿te interesa ir? Ojalá que no sea una onda esotérica. Bueno, total no pierdo nada con ir una vez... Con-spirando se abrió así como una posibilidad de explorar en un mundo que incluyera espiritualidad, feminismo, compromiso social. Intento de conjugar las realidades en cifras, con la complejidad de “la realidad” irreductible a análisis ni texto alguno.


**1996**

Anhelo de otra comunicación, de otros lenguajes, de poesía, música, movimiento “desideologizado”. Obsesión por la memoria en el cuerpo y por la forma en que operan las resistencias a los cambios personales, a las expresiones diferentes, a la libertad. Qué

fuerzas hay ahí, cómo operan las inercias, cómo nos transformamos. Sospecha ante cualquier discurso armado coherentemente, explicativo, de visiones holísticas globales.

**2002**

Encuentro estos textos y me propongo continuarlos para publicarlos ahora que ya hay más distancia de todo. Y nuevas cercanías. Mis dos preciosos nietos. Javiera viviendo lejos. El nido vacío. Los dos gatos heredados. Dos viajes de ensueño: India y Gana. Uno casi luna de miel; el otro fantasía de libertad para encontrar la esclavitud. Recorriendo la fortaleza de Elmina desde donde “exportaban” a mujeres y hombres. A orillas del mar: ¿cómo nos hemos podido hacer esto entre nosotros? Nos mirábamos unas a otras al pasar. El viaje de vuelta el más largo de todos, vomitando pena y rabia.

Hoy día, de vuelta de Villa Grimaldi, ahora parque de la paz, después de escuchar la música y ver tanta gente re-habituando aquel lugar de tortura y dolor, después de saludar la araucaria que recuerda a Rodrigo y de encontrarme con su mamá, y con amigas que no quieren olvidar, renuevo un sentimiento de saber qué quiero... de saber qué y para qué... 

## RECORDANDO A MAMANIÑA

Henriette Hurtado

El 30 de octubre de 1904 nació, en Loja, Agueda María Cristina Eguiguren Riofrío. La fecha que figura en una de sus cédulas de identidad y pasaporte es el 19 de marzo de 1901. Esta corresponde a su hermana María Cristina, muerta al nacer. Mamaniña, Agueda Eguiguren de Carrión, narra sus recuerdos. La primera parte nos lleva a una pequeña ciudad de provincia, donde transcurre su niñez y adolescencia. Nos cuenta de la ciudad y su gente, sobre costumbres y anécdotas, sus impresiones sobre pequeños detalles y sobre aquellos eventos que atrajeron su atención. El texto está ambientado a principios de siglo, desde sus primeros recuerdos hasta que deja la provincia para vivir en Quito. Su hogar fue un lugar de encuentro y diálogo para familiares y amigos, entre los que se encontraban personalidades de la vida cultural y política. Sus recuerdos son la expresión de una mujer que valoró la vida familiar y las relaciones cercanas. Siempre acompañada por cigarrillos e interminables tejidos, a parientes y amigos, nos dio la oportunidad de compartir diálogos y sueños, comentar acontecimientos, escuchar sus recuerdos, recibir apoyo y cariño. En 1986 comencé a recopilar los recuerdos de su vida, sencilla y llena de valores. Así nació un proyecto conjunto que se concretó en la grabación y, luego, en la edición de los Recuerdos de Mamaniña. Quien lo lea recordará historias y anécdotas parecidas, contadas por mujeres que tuvieron la lucidez, tenacidad y ternura al transmitir una cultura, pocas veces valorada: la cultura de la vida cotidiana.

### Mis recuerdos sobre Mamaniña

Fueron momentos difíciles. Una, entre cientos de miles, dejaba mi país atormentada por la tragedia de septiembre del 73 en Chile y traía una bella realidad que crecía en mi vientre.

Llegué a vivir en un país extraño. Ella fue una de las pocas personas, que sin preguntas ni condiciones, aceptó mi irrupción en su familia. A través de los años, entre veladas y recuerdos comenzaron a tejerse lazos. En tertulias con sus familiares y amigas, a veces a solas con ella o rodeada de sus nietos fui conociendo a esta extraordinaria mujer de vida tranquila y hablar pausado.

Mamaniña comentaba con agudeza los avatares de la vida política, los condimentaba con anécdotas inéditas y pronosticaba con mayor certeza que reconocidos politólogos. Hablaba de cultura como una experta y se refería a personajes de la plástica o de la literatura como a personas comunes y corrientes. Para ella, la poetisa Gabriela Mistral era su comadre; Osvaldo Guayasamín: un amigo que se distanció. Presidentes, escritores, amigos y aprendices pasaron por su casa.

Pero no fue su cultura artística o literaria, ni su acierto en sus comentarios sobre la política ecuatoriana y latinoamericana, lo que llamó mi atención. Fueron sus recuerdos de una



desapercibida vida cotidiana en provincia lo que me motivó a recoger apuntes en un comienzo y juntas comenzar un proyecto para la edición de un libro.

Esa mujer que se declaraba analfabeta, fue mi amiga y consejera, cómplice y confidente. La quise como a la abuela que no tuve y la aprecio como a una maestra en los difíciles caminos que nos pone la vida. Este libro fue mi reconocimiento y cariño a Mamaniña y la más bella despedida a una familia a la que pertenecí. La desunión y el olvido es otro signo de los tiempos.

Algún día, quisiera volver a recoger historias y escribirlas (para recuperar experiencias de un pasado deseando un futuro mejor); buscar en mis propias fantasías y deletrear cuentos. En fin, por mientras, intento superar el afán de cada día, hacer frente al maltrato laboral e intento asirme a valores y principios para superar un medio adverso. ☐

## LA GENTE ERA MUY DEVOTA

La gente era muy devota, sumamente devota, muy creyente. Yo creo que la ciudad entera era devota. Siempre estaban haciendo fiestas para la Virgen, para la Santísima Trinidad, para San Antonio, para San Francisco, las Hijas de María... Todas las chicas éramos Hijas de María. Todas teníamos que cumplir con ir a misa, llevar la cinta colgada y el escapulario. Eramos muy, muy devotas. Pero en el fondo no éramos fanáticas, no. ¡No! Los lojanos nunca han sido fanáticos. Nadie lloraba por pecados ajenos, ni por crímenes ajenos, cada uno cargaba con sus pecados, pero martirizarse: ¡No!

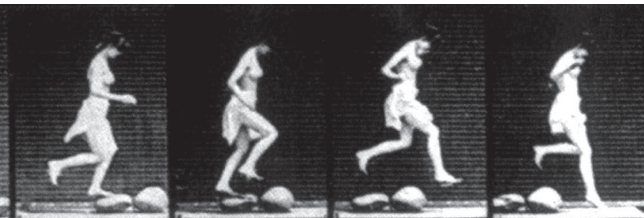
Creo que era la falta de distracciones. Entonces, era una muy sana diversión ir a rezar. A las seis de la tarde se llenaban las iglesias, no sólo en días especiales, sino todos los días. La gente que no tenía otra cosa que hacer, que no tenía una obra que terminar, se iba a rezar el rosario.

Tenía una tía, primera hermana de mi padre, que se iba a la iglesia, se aflojaba las polleras, se sentaba y decía: “Señor Jesucristo, no te vengo a rezar, no te vengo a molestar, no te vengo a pedir. Lo único que te vengo a decir es que me des un puestito para rascarme las pulgas y olvidarme de mi casa, porque mucho me molestan”. Se sentaba y se quedaba dormida. Solo iba a descansar. ¡Fíjense! Era hermana de un obispo, sumamente creyente y muy católica. Ella sabía que en la iglesia podía descansar, que nadie la iba a molestar. Seguramente, esperaba que de su casa no lleguen a preguntarle si se planchaba o si se lavaba la ropa.

Así que la gente, en verdad, tenía un gran apoyo en la iglesia para vivir, para soñar, para descansar y para conseguir cosas que creían que no las podían conseguir en otra forma.

### Fuente:

Henriette Hurtado Neira. Recuerdos de Mamaniña. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana “Benjamín Carrión”, 1998. Pp. 32-34.





“Ciranda, cirandinha,  
Vamos todos a cirandar.  
Vamos a dar la media vuelta,  
Vuelta y media vamos a dar”.

Esas fueron las rondas de cirandas, acompañando los ciclos de la luna que pasé en mi infancia. Las muñecas no lograron cautivarme: eran duras y frías. Correr por los campos en días de viento, rodar en la grama, trepar árboles y nadar en el riachuelo, eran actividades más placenteras. Pero nada mejor que mi relación con los libros. Entrar en este mundo mágico, conocer otras costumbres, otras hablas, otras creencias, otras vidas, permitió que mi ángel de la guarda disfrutara de unas buenas horas de descanso.

“Toda niña  
que rechaza las muñecas  
es señal de que el amor  
ya llegó al corazón.”.

De repente, mi cuerpo se transformó en un universo lento, sereno, donde llegaron a vivir nuevos sonidos, nuevos sabores, nuevos olores. Mi mirada tomaba ahora otras direcciones. El paraíso parecía pequeño y monótono para mí. Me expulsó a un mundo lleno de novedades y complicaciones.

Al contrario de Eva, encontré a Dios en el mundo. Y fue, al encontrarlo, que conocí al Diablo, el pecado, la

culpa, el sacrificio, el infierno. Qué nostalgia del Papá en el Cielo que se quedaba en el Paraíso. Pero, ahora, sus puertas estaban cerradas.

Pero también fue en el mundo donde perfeccioné la resistencia. La historia del asesinato de María Goreth me enseñó más sobre la violencia sexual que sobre el valor de la virginidad. Una relación sexual saludable era más atractiva que guardar la virginidad como dote de casamiento o para comprar una entrada al cielo. Barba Azul fue mi mejor maestro en asuntos de casamientos. Nunca me sentí atraída por el dinero y la violencia del hombre. La primera cosa de la que me preocupé, más allá de mis estudios, fue de adquirir mi independencia financiera.

Al pie de la máquina de coser, alrededor de una mesa desgranando maíz, al lado de una tabla de lavar ropa fue que conocí la diferencia entre ser una mujer correcta y ser una pecadora, a través de las historias contadas por las mujeres. Si ser correcta significaba pasar por todos estos sufrimientos, me di cuenta que jamás podría serlo.

Y fue entre caricias y pecados, lágrimas y risas, encuentros y nostalgias, prohibiciones y desobediencias que viví mi juventud. Sospecho que también mi ángel de la guarda tiene algún parentesco con el lado de los “rebeldes”.

“Ven, con cuidado  
cuando voy a morir,  
padre cariñoso  
me va a defender”.

## QUIERO DAR A MI CUERPO EL DERECHO A ENVEJECER EN PAZ

Agamedilza

Pensar sobre la muerte me traía dos sentimientos negativos: miedo y rabia. La visión del Juicio Final revelaba cuán cruel era Dios. Creaba a los humanos y a las humanas pecadores antes de nacer, y después los juzgaba y entregaba al diablo, a morir. Al mismo tiempo permitía que todos los habitantes del cielo y de la tierra presenciaran la vida íntima de las personas. ¿Habría tantas salas en este juzgado? ¿Eran tantos los que morían al mismo tiempo! ¿Cómo iba a aguantar pasar la vida entera quemándome en aquel fuego sólo porque no lograba cumplir con toda aquella lista de buenas acciones? Y cuando en la pequeña iglesia, los días domingos, las personas pedían a San José que las defendiera en el Juicio Final yo indagaba, sorprendida: ¿Pero, cómo? ¿Invocar a San José para que actúe como abogado? El, siempre tan callado, ¿cómo osaría enfrentar las miradas de Dios Padre, del Diablo, de los ángeles y los santos, de las maestras, de los padres?

El, tan puro, tan callado... Yo, tan amante, tan pecadora, tan ligada a los placeres del cuerpo... Yo, tan bien con la vida y tan mal con el cielo. ¿De qué lado estaría mi ángel de la guarda?

“Te gusto, oh niña,  
tu también me gustas, oh niña.  
Voy a pedirle a tu padre,  
oh niña.  
Casarme contigo, oh niña”.

Y ya estaba yo, a los pies del altar, jurando fidelidad en la alegría y en la tristeza, en la

salud y en la enfermedad, hasta que la muerte... Y fue la muerte la que nos separó. Sola, sin hijos, llena de nostalgias, con 21 años de edad.

Después de algunos años, ya estaba nuevamente a los pies del altar jurando fidelidad hasta que... Y claro, el Padre no oía las palabras dichas en silencio: hasta que la infidelidad nos separe, hasta que la ausencia de amor nos separe, hasta que las peleas nos separen, hasta que las mentiras nos separen... Esta vez no fue la muerte. Fue mi decisión. No me siento sola, tengo dos hijos y dos hijas, sin nostalgias.

Casarme fue la solución que encontré para vivir una relación amorosa. En aquella época yo era profesora en un colegio de hermanas dominicanas. También mis padres eran católicos y mi madre participaba en los trabajos de la iglesia.

Varios años permanecí enojada con las liturgias y las actividades pastorales. La Teología de la Liberación me trajo de vuelta. Pero fueron la Teología Feminista y la Teología Ecofeminista las que me hicieron quedarme, aunque procurando caminos bien diferentes. Volví a hacer las paces con el cielo, pero el cielo, también, es diferente.

“Yo nací así.  
Yo crecí así.  
Así mismo soy.  
Voy a ser siempre así”.

Hoy, a los cincuenta años, recibí una invitación de la revista Con-spirando para hablar

de cómo me siento en esta fase de la vida. Comienzo diciendo que me siento muy bien. La mitad de la vida la viví dudando si llegaría a los cincuenta. La otra mitad la quiero pasar “haciendo penitencia” por este mal pensamiento. No sé nada sobre el mañana, pero a partir de unos cinco años atrás, ésta viene siendo la “mejor parte”.

Hacer las paces con el cielo fue para mí dar otro sentido a la penitencia y a la salvación. Vivir hoy en el cielo es soñar y luchar junto con mujeres alimentadas, amadas, respetadas en su humanidad y en su espiritualidad, para la salvación de cuerpo y alma de la Madre Tierra.

Quiero dar a mi cuerpo el derecho a envejecer en paz. Cada fase de la vida tiene su belleza, sus placeres y sus dolores propios. No pienso desistir del amor, de los placeres sexuales, de una mesa llena, de una buena bebida y de la fiesta. En este momento, uno de mis placeres es participar en el Movimiento Feminista María Sin Vergüenza, celebrando, haciendo Tai Chi, bebiendo un buen vaso de caipirinha para calentar el corazón y fortalecer los pies. Y si no hay una Santa Inquisición que me lleve a la hoguera, dedicaré una buena parte de mi vida a la causa de la mujer.

Gracias a la vida que me ha dado tanto; a mí y a mi ángel de la guarda que también tiene los cabellos canosos. ☞

# SUB LA CORRIENTE

## “UNA SOLA PARA MI ES POCA, QUIZAS NO ME ALCANCE”: experiencias de tránsito religioso

Sandra Duarte de Souza\*

Llamamos “corriente submarina” a una zona de límites imprecisos por la que circulan quehaceres, producciones culturales, prácticas políticas, cuyos circuitos no son los de la “corriente principal” de la cultura. En esa ocasión presentamos un texto de Sandra Duarte que forma parte de una investigación sobre los nuevos movimientos religiosos producidos por la Modernidad, el vaivén religioso y los procesos temporales de construcción simbólica observados en la sociedad contemporánea.

“...mucha religión, ¡señor, joven! Yo aquí no pierdo ocasión de religión. Aprovecho de todas. Bebo agua de todo el río... Una sola para mí es poca, quizás no me alcance. Rezo cristiano, católico; acepto las oraciones de mi compadre Quelemém, su doctrina, de Cardéque. Pero, cuando puedo, voy al Mindubim, donde un señor Matías es creyente, metodista: uno se acusa pecador, lee la Biblia, ora, cantando himnos bellos de ellos. Todo me tranquiliza, me sostiene. Cualquier sombrita me refresca. Pero es todo solamente provisorio... Mire: hay una negra, María Leônia, lejos de aquí no vive, sus oraciones tienen fama de mucha virtud de poder. Así que a ella le pago, todos los meses, le encargo que rece por mí un tercio, todo el santo día y, los domingos, un rosario. Vale, si vale...”

J. Guimarães Rosa, Grandes Sertões, Veredas

Para tratar del fenómeno del ir y venir religioso creo interesante caracterizar los tipos de tránsito con los cuales estoy trabajando. En primer lugar, podemos reconocer el tránsito ocasionado por el cambio de pertenencia religiosa, donde el sujeto religioso cambia de confesión religiosa, adoptando dogmas y doctrinas de su nueva religión. Esa adopción no está inmune a las hibridaciones, a pesar de ser supuestamente excluyente de otros sistemas simbólicos, de acuerdo con las orientaciones de la institución religiosa a la cual pertenece. A ese tipo de traspaso lo denominé “tránsito de pertenencia”. Para ejemplificar este tipo de traspaso, me gustaría citar la experiencia de uno de mis entrevistados durante el desarrollo de un proyecto de investigación para la Universidad Católica de Goiás. Hijo de madre soltera, Carlos inició su trayectoria religiosa en una casa de candomblé, en São Paulo, adonde acompañaba

a su madre en “todas las celebraciones”. Con el tiempo se fue “alejando”, desarrollando otros intereses, conociendo “una u otra iglesia”, pero nunca “encontrándome en ninguna de ellas”. El hecho de mudarse de São Paulo a Goiânia provocó “grandes cambios” en su “modo de vida”, incluso en lo que se refiere a la religión. Carlos conoció a Lucía, católica, participante del Movimiento de Renovación Carismática, bastante expresivo en esa ciudad. Carlos pasó a frecuentar los encuentros de la RCC, siendo bautizado y confirmado. Se casó por la iglesia católica y, actualmente, participa junto con su esposa, de las reuniones de la Federação Espírita, asistiendo, “de vez en cuando”, a algunos encuentros de la RCC.

Un segundo tipo de tránsito sería aquel en que, a pesar de admitir una pertenencia religiosa específica, el sujeto de fe “visita” otras expresiones religiosas. A ese tipo de vaivén lo denominó “tránsito perteneciente”, toda vez que el sujeto religioso admite la pertenencia a una expresión religiosa específica, participando, inclusive, de sus actividades, sin embargo, va y viene por varios otros círculos religiosos. Ese tipo de tránsito puede ser ejemplificado en el testimonio siguiente, recopilado en entrevistas que realicé a mujeres pertenecientes a un grupo de “danzas circulares sagradas”, en Alto Paraíso, lugar considerado el centro místico del Brasil: “Soy hija de madre-de-santo, pero cuando me casé lo hice en la iglesia católica. Soy católica, me gusta la Iglesia, la homilía, los cánticos, pero le falta más naturaleza. En la casa de la madre-de-santo la gente siente más la naturaleza que en la iglesia. Danzando las danzas sagradas yo me conecto con el universo y regreso a casa con más energía para vivir mi día a día”.

Un tercer tipo posible de traspaso es el que yo llamo “tránsito sin pertenencia”, debido a la no admisión de pertenencia a cualquier expresión religiosa por parte del sujeto religioso.

Ese sujeto se entiende a sí mismo como un “buscador” incesante, constructor de su propio sistema simbólico. El testimonio de Ludimila, una joven profesora de educación física, también entrevistada por mí en Alto Paraíso, ejemplifica ese transitar. Ludimila afirma no haber encajado nunca en ninguna religión. Hija de padres separados y “desviados” de la religión, ella misma se considera “sin religión”. Sin embargo participa en algunas reuniones de la Irradiação Espírita, va “de vez en cuando” a un templo budista cercano a su casa y visita “frecuentemente” una comunidad alternativa en Alto Paraíso, donde practica meditación zen, participa en “danzas sagradas” y busca la “comunidad con la naturaleza”.

En verdad, esta tipología que propongo es simplemente para ayudar a “visualizar” el fenómeno de este transitar religioso. Si quisiésemos podríamos sintetizar todo esto bajo el título de “tránsito de pertenencia provisoria”, toda vez que todos ellos son indicadores de provisoriedad o, si preferimos, de la transitoriedad de las relaciones entre el sujeto religioso y un sistema simbólico específico.

Las personas entrevistadas justificaron su vaivén de las más diversas formas, ya sea por la búsqueda de “una nueva espiritualidad”, de “una mayor profundización espiritual”, de “una mayor proximidad con lo sagrado”, y de una respuesta aún no alcanzada. El hecho es que esas personas transitan, con mayor o menor velocidad, por campos religiosos similares u opuestos, construyendo y reconstruyendo sistemas simbólicos a partir de un trabajo de bricolaje continuo. Creo que el ser humano religioso nunca fue tan creativo y tan sujeto de invención de su sistema simbólico como actualmente. Es evidente que todo esto es fruto de un contexto mucho más amplio, que abarca, inclusive, los medios de comunicación. Sin duda la accesibilidad de la religión lograda vía mecanismos de distribución en masa, amplió ilimitadamente el campo hermenéutico de la significación religiosa. De cualquier manera, el ser humano religioso contemporáneo se presenta como un fantástico buscador religioso.

\* Sandra Duarte de Souza, teóloga feminista brasileña, es docente de la facultad de filosofía y ciencias de Religión de la Universidad Metodista de Sao Paulo.

## Una religiosidad caleidoscópica

En la sociedad contemporánea, las instituciones tradicionales productoras de sentido se han topado con la precariedad del compromiso de las personas con su sistema de creencias. Mientras las instituciones religiosas exigen exclusividad de seguimiento, demandando un compromiso permanente del “fiel” para con un sistema simbólico particular, el sujeto de fe ha hecho sus propias combinaciones simbólicas, yendo entre diversas expresiones religiosas y apropiándose de significantes específicos de acuerdo con la especificidad de sus necesidades. De ahí ese fenómeno denominado “situación de mercado religioso”, donde la oferta de bienes simbólicos y las demandas simbólicas provocan una movilidad religiosa incesante. En esta coyuntura religiosa, la religión heredada o de conversión comparte el lugar simbólico con la experiencia religiosa polisémica, experiencia pautaada en combinaciones efímeras, variables de acuerdo con el “momento” del sujeto de fe, esto es, de acuerdo con sus demandas (variables de tiempo en tiempo), produciendo un cierto tipo de “religiosidad caleidoscópica”. Quizás podríamos hablar de una dispersión de la religión, una vez que la búsqueda contemporánea de significados no se limita ya más al plano institucional ni a un sistema simbólico monolítico, yuxtaponiendo, impune e incesantemente, los más diversos recursos simbólicos.

En la tentativa de trazar la biografía religiosa de mis entrevistados/as, observé que un número significativo de ellos vivenció o estaba vivenciando una situación de tránsito religioso, no considerando, sin embargo, buena parte de ellos/as, incompatible la asistencia paralela a varias expresiones religiosas. Sus historias eran de lo más diversas, pero todos buscaban formas alternativas de representación simbólica. No necesariamente formas estáticas. Cada uno/a de ellos/as hacía su propia selección, creaba sus propias representaciones, producía sus propias combinaciones, construía su propio sistema simbólico.

Si antes el cambio de religión significaba una

verdadera “metanoia”, implicando un cambio radical de vida, marcando para siempre la biografía del convencido y demandando fidelidad del mismo, hoy, quizás ni podamos hablar de cambio de religión o de vida, y la imagen del “fiel” debe ser repensada. Nos parece más adecuada la noción de “tránsito”, pues, mientras la noción de “conversión” implicaba la negación de la religión y vida pretérita del converso y el establecimiento de un compromiso rígido con la religión elegida, la idea de “tránsito religioso” admite el “pasearse” por diversas religiones (incluso, en algunos casos, teniendo predilección por una u otra), no requiere cambios internos en la forma de vida de los “transeúntes” ni cancela o atenúa el compromiso anterior. No es que esto no sucediera anteriormente, pero estamos hablando de una intensificación de este hecho. Además, incluso para aquéllos y aquéllas que afirman una pertenencia y participan en otras expresiones religiosas, verificamos que para la mayoría de los entrevistados esa participación es complementaria, combinando tranquilamente, sin ningún sentimiento de culpa, elementos de sus tradiciones religiosas.

## Cultura del tránsito, modernidad, New Age

La actual renovación de los intereses espirituales apunta a una recomposición de las relaciones entre la religión y la modernidad, no en la dirección de una negación de la teoría de la secularización, que postula el desencantamiento progresivo del mundo, sino en la dirección de una complejización de la misma, intensificando la disolución de la ya efímera línea divisoria entre lo profano y lo sagrado. La llamada “crisis de las instituciones tradicionales, generadoras de sentido”, atestigua que la religión entendida como fuerza organizadora de la sociedad ha perdido ese lugar. La proliferación de los más variados movimientos religiosos y el tránsito religioso son indicadores de que los “modelos oficiales de religión” han sido sustituidos por (o coexisten con, o son parte de) referentes religiosos cambiantes, concurrentes, respondiendo a la demanda de los sujetos de fe. El fenómeno



del tránsito religioso se presenta pues, como el efecto típico de esta pluralidad de modelos religiosos, constituyendo una forma particular de responder a esta pluralidad. Sugiere una espiritualidad desencarnada, esto es: “sin territorio

cultural o religioso rígidamente demarcado”, sin la necesidad de tener como punto de referencia un hecho fundante, permitiendo la interacción de los más variados credos, y relativizando el dominio espiritual. La disolución de las fronteras religiosas, la religión “sin lugar”, las formas religiosas híbridas, son producto de este mundo contemporáneo secularizado, y no su negación.

En esta “cultura del tránsito”, las formas religiosas híbridas toman configuraciones aún más fuertes si consideramos las influencias New Age sobre la conformación religiosa actual. Los movimientos de espiritualidad ecológica han convocado a personas de diversos orígenes religiosos, afirmando estar buscando “mayor proximidad con la naturaleza”, atribuyéndole un intenso contenido simbólico, desarrollando rituales de evocación de los cuatro elementos (tierra, agua, fuego y aire), meditando, cantando y participando de experiencias extáticas posibilitadas por la música, por la danza y, en algunos casos, por la ingesta de hierbas alucinógenas, asimilando o desarrollando técnicas de “dilatación de la conciencia”, dedicándose al autodesarrollo, y sacralizando la naturaleza, a través del discurso acerca de la conciencia ecológica. Esos discursos y prácticas, han traído la perspectiva ecológica al campo religioso.

La emergencia de lo que convencionalmente se llamó “Nueva Era”, intensificó la proliferación de los movimientos de espiritualidad ecológica en el Brasil, intensificando también el “tránsito religioso a dos manos”, esto es, la no necesidad del abandono o cambio de una tradición religiosa por otra, aquello que, al inicio de este trabajo denominé como “tránsito perteneciente”. Actualmente es perceptible el creciente

La disolución de las fronteras religiosas, la religión “sin lugar”, las formas religiosas híbridas, son producto de este mundo contemporáneo secularizado, y no su negación.

interés religioso por temas ecológicos. Los “nuevos movimientos religiosos seculares” han demostrado una predilección por la agenda ecológica, influyendo, inclusive, a algunos importantes teólogos cristianos. En

América Latina, especialmente a partir de la década del 90, una infinidad de escritos acerca de la relación religión/ecología han circulado en los más diferentes grupos. Surgiendo tímidamente, pero ganando rápida expresión, los movimientos de espiritualidad ecológica han atraído a un sinnúmero de sujetos individuales que “pasean” por sus “cultos” y/o ideas.

Para los participantes de grupos de danzas sagradas, de rituales de espiritualidad ecológica, de rituales de rememoración de divinidades de la naturaleza, etc., no existe ninguna contradicción entre estas prácticas rituales y la tradición religiosa a la cual afirman pertenecer. Participan de esos rituales y “retornan” a aquella tradición religiosa que eligieron como de su preferencia. De esa forma, pueden transitar impunemente en los más variados espacios, que comprenden desde rituales de rememoración de las Diosas y el culto a la Tierra, hasta el desarrollo de técnicas de meditación zen y medicina alternativa. Posiblemente mañana, estas personas podrán constituir nuevas síntesis, duraderas hasta el momento en que otra se haga necesaria. En este actual movimiento religioso, se combinan y reinventan tradiciones, se establecen síntesis provisionarias, se crea una cosmovisión acuosa, adaptable a las demandas temporales de quienes las aprecian. Una cosmovisión que, haciendo uso de las palabras del famoso poeta y compositor brasileño, Vinicius de Moraes, es tan “infinita cuanto dure”. ☐

# Cantando un lamento fúnebre por el planeta

Ruthmary Powers, HM\*

Muy en el principio del Antiguo Testamento, encontramos el relato de Caín y Abel. Cada mito antiguo parece contener su propia versión de una toma de poder patriarcal que pone a un hermano contra el otro y deja a las madres llorando la pérdida y preguntándose ¿por qué?

Antes de comenzar nuestro rito para expresar nuestro dolor sobre las matanzas y violencia sin sentido, llamamos a los espíritus de nuestras ancestras que han llorado con las mismas lágrimas que nosotras.

En este ritual, intentaremos dar voz a nuestro dolor y llorar por las pérdidas que hemos experimentado en un nivel personal y también en un nivel global. Sabemos que nuestro planeta y su gente están viviendo un momento muy crítico: las guerras, hambrunas, genocidio, enfermedades y desastres ecológicos son el pan de cada día. Ha llegado la hora de reconocer esta destrucción que parece sin fin y llorar por ella.

Un canto fúnebre (*keening*) es un lamento, un sollozo, un sonido lleno de dolor que emitimos cuando sentimos una gran aflicción o angustia. Puede ser casi un murmullo o un grito fuerte, pero, en cualquier caso, toma el dolor de nuestros corazones y lo convierte en un sonido sin palabras. Cantamos un lamento fúnebre por nosotras mismas, por cada una de nosotras, por todos/as aquellos/as que no tienen alguien que pueda cantar un lamento

fúnebre por ellos/as, nuestro silencioso planeta incluido.

Para hacer esto tenemos que sentirnos capaces de expresarnos sin miedo a la vergüenza o a la inhibición. Entonces, cada una de las participantes debe sentarse en una posición cómoda y cubrir su cabeza con un velo grande. Durante algunos minutos, escuchamos música suave. Después de algunos minutos, la mujer que está guiando el proceso comienza a leer una lista de penas o tristezas (antes de comenzar el rito, cada grupo puede hacer su lista de tristezas). Después de escucharlas, una por una, cada mujer responde con su propio gemido o lamento. Si alguien del grupo quiere, puede nombrar una pena que desee compartir. Una sesión de “canto-lamento fúnebre” puede durar el tiempo necesario según las necesidades del grupo y según la intensidad de la angustia. Por lo general, toma por lo menos 30 a 40 minutos y, muchas veces, puede durar más de una hora.

Cuando el grupo se queda en silencio, la guía advierte: “No podemos dejar ni al planeta ni a nosotras mismas desequilibradas. Tenemos que reconocer que desde nuestro dolor puede venir nueva vida, pero tenemos que nutrirla y convocarla. Entonces, así como hemos llorado y ‘cantado’ nuestras pérdidas, dancemos ahora desde nuestro dolor hacia nuevas posibilidades”. La guía invita el grupo a convertir sus velos de lloronas en velos de danzantes y empezar a moverse con la música (una música suave). Los movimientos nos ayudan a sacar el dolor de nuestros cuerpos y a empezar el proceso de sanación del planeta. Hacemos esto muy conscientemente, dándonos cuenta de que hay un gran equilibrio en danzar el dolor y encarnar la intención de ser sanadoras para

\* La hermana Ruthmary Powers, presidenta de la Congregación religiosa de la Humildad de María, hizo este rito —que viene de la tradición céltica de Irlanda— con un grupo de mujeres que quisieron juntas llorar a los y las que murieron en los atentados ocurridos en Estados Unidos el 11 de septiembre del 2001.

el planeta y cada una de nosotras.

### **Un canto-lamento fúnebre colectivo**

Durante un retiro de mujeres en Santiago de Chile, el pasado enero, algunas de nosotras decidimos juntarnos para hacer un rito de “canto-lamento fúnebre”. Fue un espacio maravilloso para dar voz al dolor —una voz sin palabras— desde lo más profundo de nuestros seres. Lo que más recuerdo de ese día fue el poder de aquella voz.

Mientras nos reuníamos, conversamos un poco sobre por qué queríamos hacer este rito. Todas nos sentíamos muy conscientes de un profundo dolor que necesitaba una voz. Por mi parte, estaba muy consciente de que había estado muy cerca de llorar cuando me reí a carcajadas después de una sesión con nuestra guía del retiro. Cuando toqué lo profundo de mi risa, me di cuenta que era realmente dolor lo que estaba buscando expresarse. Esto no es nuevo para mí: siempre estoy consciente de una tristeza profunda dentro de mí que puedo tocar en cualquier momento.

Seguimos conversando un rato más sobre en qué consistía este dolor para cada mujer presente. Después nos tomamos de la mano y encontramos el coraje para simplemente permitir que este dolor tuviera una voz. Yo me sentí protegida porque estábamos lejos de donde alguien pudiera vernos. No me importaba demasiado que alguien pudiera escucharnos, aunque no pensé nuestro lamento iba a ser tan poderoso. Fue como una voz alzándose desde lo más profundo de mí. Experimenté un despeje y una tremenda libertad en el acto de cantar un lamento fúnebre. Lo sentí tan real. No creo que “cantar un lamento fúnebre” sea para todas, pero el grupo le da a la experiencia fuerza y autenticidad.

Toni Ryan, Irlanda.

### **Una experiencia individual**

Mis propios ancestros vienen de Irlanda, Escocia e Inglaterra y he sentido la necesidad de entender la geografía desde la cual han emergidos. Durante la década pasada, fui

varias veces a Irlanda. Empecé a explorar la mente nativa de mis ancestros y cómo ésta estaba moldeada por la geografía de la isla. En los relatos cosmológicos más antiguos, la isla misma fue concebida como el cuerpo de la diosa del sol que mantenía la relación de la tierra y el sol como la más primordial de todas las relaciones del universo. Esta fue la forma básica de la imaginación de los primeros irlandeses. Sin embargo, la última vez que visité Irlanda, vi la escalada dramática de la visión industrial y tecnológica del mundo y pude sentir en mis huesos su seducción y cuán rápidamente ha cambiado miles y miles de años de una cultura increíblemente coherente. Y me di cuenta de una pena y de un sentimiento de no poder hacer nada para detener esta caída libre en una economía monetaria.

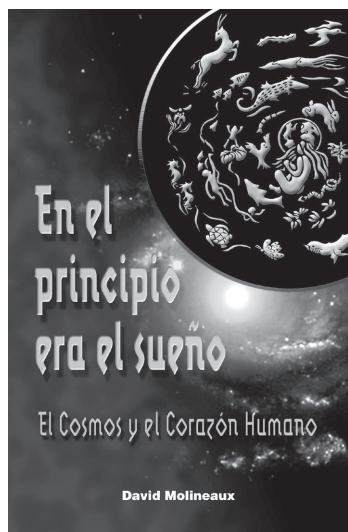
Durante mi última noche en Irlanda, fui invitada a quedarme en una pequeña casita de campo en las montañas de Galway. Mientras caminaba por los senderos montañosos y veía como las otras casitas habían sido convertidas en casas de vacaciones para los nuevos ricos y las granjas habían sido abandonadas, sentí una tristeza tan profunda que apenas pude seguir caminando. Estaba llorando. A la vez, me di cuenta de que me estaba abriendo a ese dolor y emitiendo un sonido que ahora puedo identificar como un “canto-lamento fúnebre”. Es lo que las mujeres harían cuando muere un miembro de la familia o la comunidad. Las mujeres se juntarían y cantarían un lamento fúnebre y éste sonaría como un profundo gemido que contendría el dolor y la pena de toda la tribu. Y, entonces, me di cuenta que es en este nivel que la sabiduría de la diosa, la sabiduría feminista y la sabiduría de los pueblos originarios debe aparecer. La energía debe aparecer desde el dolor profundo de decir: “No. ¡No podemos hacer esto!”.

Después de esta experiencia, sé, en lo profundo de mi corazón, que la sabiduría que tenemos que hacer aparecer tiene que ser lo suficientemente profunda como para tocar estos niveles de nuestra energía psíquica donde las voces de los que no tienen voz pueden vivir en nosotros.

Miriam Therese McGillis, E.E.U.U.

# RECURSOS

## *Lecturas para con-spirar*



**En el principio era el sueño: el cosmos y el corazón humano**

**David Molineaux. Santiago: Sello Azul, 2002. 173pp.**

En un juego complejo de posibilidades y limitaciones, los seres humanos debemos encarar nuestros proyectos de vida y nuestra visión de la evolución dentro de una cultura dominante orientada a un hacer de cortos alcances, sin marco referencial sobre quiénes somos, cómo conocemos, cuáles son nuestras alternativas de futuro. ¿Cómo podemos participar más allá de la pálida democracia del voto y la representatividad?

El libro de David Molineaux, articulando el cosmos y el corazón humano, desde la consideración de que el universo lleva la impronta de una creación y de una impresionante creatividad permanente que debiéramos asumir, señala toda una vía de coherencia y de visión iluminadora, generosa, esperanzadora, para encarar lo que es claramente una crisis epocal confundida con una verdadera crisis del planeta Tierra.

Haciendo una gran síntesis, podríamos decir que los humanos

nos caracterizamos por tres clases de tendencias, que son, así mismo, capacidades y necesidades. Ellas son las de conservación, acrecentamiento y sentido. Mantener lo propio, defenderse de perder la integridad, lo que se posee, los proyectos; innovar, tener vivencias, ampliarse, cumplir metas; tener un para qué, un norte, un marco referencial.

Hoy el tema del sentido ha pasado a constituir el problema de la humanidad en su conjunto. Vivimos de distintas maneras la tensión entre la necesidad de conservación y la de acrecentamiento en las luchas por la defensa del medio ambiente, en el enfrentamiento entre la globalización homogeneizadora y las identidades culturales; en los esfuerzos para preservar la paz y la justicia y la pugna por el acrecentamiento del poder.

Ante un mundo en que impera la racionalidad instrumental, el dinero, la égida de occidente, el individualismo, la trivialidad y una antinomia integrista que amenaza frutos muy queridos del desarrollo humano, emergen diversas respuestas como líneas de conocimiento, de acción cultural, de búsqueda espiritual.

Hay búsquedas de conserva-

ción y de expresión de jóvenes y mujeres, de ecologistas y defensores de los derechos humanos. Desde la espiritualidad y desde la ciencia han emergido líneas de referencia que muestran un posible desarrollo de visiones orientadoras comunes, con respeto a la diversidad.

El libro de David Molineaux muestra, desde la ciencia, en su camino en los últimos años, una perspectiva de sentido impregnada de espiritualidad. Los humanos somos parte de un cosmos, una tierra, una vida, llena de intencionalidad que es difícil de distinguir de la inteligencia. Ya no podemos hablar de materia bruta. Prigogine dijo en un congreso en Buenos Aires hace unos años: “Estamos estupefactos ante la complejidad del universo”. En este universo, nacido misteriosa y sabiamente, como provisto de un sueño, nosotros somos los seres capaces de admirar, de encantarnos, de cooperar.

David Molineaux ha hecho una contribución clara, educativa. Lo que la ciencia y el cosmos nos están diciendo es que hay una fuente de sentido en el universo y que nosotros participamos de ella. David lo dice: en el principio era el sueño, un sueño que debemos asumir, despertando de nuestra letárgica, para hacernos cargo de que somos testigos y cooperadores de la evolución. Podemos ser militantes de la gran aventura, del misterio que se inicia con el fuego original y que negamos en el sentido común de la época. Tenemos ante nosotros un texto que contribuye a un cambio en ese sentido común.

Leer el libro de David Molineaux, me llevó resumirlo con la

siguiente reflexión poética:

Es la Nada con una tibieza maternal.

Sonríen raicillas de sueños.

Van eligiendo, dialogando, lozanos, sus colores.

Las flores preparan con tiempo su salida a escena.

El alma de las galaxias insinúa un vagido tembloroso.

Nada en una respiración donde se asoma, curioso, el tiempo a punto de nacer.

Allí arrebujado en futuro, alimentado de encanto, el ser humano espera. Va perdiendo familiaridad con la nada.

El sol aprende su lenguaje,

La tierra se hace cargo de su misión.

Las galaxias y las flores ayudan a la nada, en un murmullo atónico, sin trizaduras, a que el ser humano germine en cada ser humano a lo largo del tiempo.

Nada con rostro de haber tenido antes otros universos, siempre guardando el secreto de la paternidad.

Nada a sabiendas que el parto será un collar pleno de infinitos y eternos sueños.

Sueño de muchos números donde se eriza el infinito.

Vasta noche donde, ínfimas y nobles, titilan futuras miradas a la noche.

Desde todos los universos, desde todos los seres, desde cosmos de nadas suspendían el sentido.

A Dios se le humedecieron los ojos pensando en las primeras sonrisas de los niños.

Era el parto de un sueño que debía verse a sí mismo miles de millones de años después.

La inteligencia se hacía fuego intencionado, y, certero, el sue-

ño auniversó en átomos, vías lácteas, en células y arboledas, en gritos de guerra y en manos juntas en crepúsculos videntes, en secretos maravillosos y en sinfonías transcritas para otras realidades.

Sueño recogido en doscientos mil millones de galaxias, en quince mil millones de años, en incontables sinapsis y sinergías.

Sueño tuyo.

Invitación a despertar a la realidad de que eres el gran sueño y, a la vez, tu propio sueño

Eres la extrañeza de no sentir el misterio.

Eres el regalo de recibir ese amor matinal del primer fuego con sus hijos, de fraternidad absoluta, el tiempo, el espacio, la energía, las leyes primeras, la intención inteligente.

Eres el recuerdo de cuando auniversó un sueño y siguió navegando y está palpitando en ti.

Es el momento de cantarlo, de ponerle los colores personales, de sembrarlo, de ayudarlo a sonreír en los niños.

Despertemos a la verdad de que somos sueño, hijos de sueños, mirando sueños.

Somos parte de la sinfonía de sueños.

Invitados a compartir nuestras raicillas de sueños para que el sueño auniversado siga aterrizando, baile en el suspenso ante la generosidad de las flores, discurra en la humanización, mantenga el calor del descubrimiento de un tú.

Luis Weinstein

# C *ontactos* \*

## **Argentina**

Mabel Filippini  
CEASOL  
Terrada 2324  
1416 Buenos Aires  
Tel : 54-1 503-3674  
Fax: 54-1 503-0631

Coca Trillini  
C.C. 269 Suc 20 (B)  
1420 Buenos Aires  
Argentina  
Telefax: 54 11 4300 9808  
[ctrillini@yahoo.com](mailto:ctrillini@yahoo.com)

Grupo Ecuémico  
de Mujeres F.E.C.  
Pedernera 1291,  
San José 5519  
Mendoza

## **Australia**

Maggie Escartin  
P.O. Box 165  
Hunters Hill, NSW, 2110  
Fax: 612-9 879 7873

## **Bolivia**

Centro de Estudios y  
Trabajo de la Mujer  
Calle Junín 246  
Casilla 4947, Cochabamba  
Tel: 591-42-22719

## **Brasil**

Ivone Gebara  
Rua Luis Jorge dos Santos, 278  
Tabatinga  
54756-380 Camaragibe - PE

## **NETMAL**

Caixa Postal 5150  
09731 Rudge Ramos  
Sao Bernardo do Campo IMS  
SBC, SP  
Fax: 011 455-4899

## **Costa Rica**

Janet W. May  
Apartado 901  
1000 San José  
[janmay@smtpracsaco.cr](mailto:janmay@smtpracsaco.cr)

## **Ecuador**

Hna. Elsie Monge  
Comisión Ecuémica de  
Derechos Humanos  
Casilla 1703-720  
Quito, Ecuador  
Fono/fax: 58025  
[cedhu@ecuanex.net.ec](mailto:cedhu@ecuanex.net.ec)

## **Europa**

Lene Sjørup  
Skattebollevej 22  
DK-5953 Tranekaer  
Dinamarca  
[lsjorup@post.tele.dk](mailto:lsjorup@post.tele.dk)

Catherine Norris  
Britain & Ireland School  
of Feminist Theology  
Rush Cottage  
Wheldrake Lane  
Crockey Hill  
York, YO19 4SH  
Inglaterra  
Tel: 01904-624259

## **Estados Unidos**

**WATER**  
8035 13<sup>th</sup> Street  
Silver Spring, MD 20910  
Fax: 301 589-3150  
[water@hers.com](mailto:water@hers.com)

**CAPACITAR**  
23 East Beach Street, Suit 206  
Watsonville, CA 95076  
Fax: 408 722-77043  
[capacitar@igc.apc.org](mailto:capacitar@igc.apc.org)

## **Nicaragua**

Anabel Torres  
"Cantera"  
Apdo. A-52  
Managua  
Tel: 505-2775329  
Fax: 505-2780103  
[cantera@nicarao.org.ni](mailto:cantera@nicarao.org.ni)

## **México**

Mujeres para el Diálogo  
Apartado Postal 19-493  
Col. Mixcóac  
03910 México, D. F.

## **Perú**

Rosa Dominga Trapasso  
Talitha Cumi  
Apartado 2211  
Lima 100  
Tel: 51-14-235852

## **Venezuela**

Gladys Parentelli  
Apartado Postal 51.560  
Caracas 1050 A  
[gparentelli@cantv.net](mailto:gparentelli@cantv.net)

\* Los Contactos son aquellas organizaciones o personas a las cuales puedes solicitar información acerca de la revista y/o de nuestro Colectivo Con-spirando.



"re-visitando" el género



Conspirando 10 años



"re-visitando" los ciclos: jóvenes



"re-visitando" los ciclos: historias de mujeres